

ME MATAN!

ME MATAN!



ia. r. CID!

iiiMe mafan.

me mafan!!!!

ia. r. CID!

Título: Me matan! Me matan!

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo...

Cuando empiezas a ver cumplirse tus sueños, ¿a quién puedes dedicárselo?

Doy gracias simplemente por la suerte que he tenido y por toda la gente maravillosa que me he encontrado en mi camino.

Índice

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Muchas gracias](#)

Sinopsis

¡Hola! No, no os estáis volviendo locos. Sí, soy un perro y sí, estoy viendo a mi amo pasar de mí y saltar sobre una mujer de forma bastante divertida.

Hace pocos días que la conoce y ya le hace más caso que a mí, pero ¡si creéis que voy a dejar que me gane vais buenos! Ella es bonita y ha tratado de comprarme con un chuletón de domingos, esos que tienen su grasilla... ¡qué ricos! Pero me mantuve firme y me tiré un pedete a discreción.

Mi amo se ha vuelto loco con esta mujer. No deja de mirarle las mamas y solo tiene dos. ¿Cómo se supone que va a criar a una buena camada? Este tío no aprende, si es que tengo que hacerlo todo yo...

Si no fuera porque está enseñando los dientes de esa forma grimosa que he aprendido que significa que está feliz (al principio creía que me retaba, pero después de mordisquearlo un par de veces comprendí que tiene el instinto atrofiado) diría que está en pleno ataque, esos sonidos se me meterán en mis pesadillas... ¡Menuda paciencia tengo con el tío!

Por cierto, soy un dálmata y me llamo manchas. (Joan, mi humano, tampoco es un cerebritito) Ahora que lo pienso sigo sin comprender por qué le tengo tanto cariño, pero ha estado ahí desde que tengo uso de razón y no sé qué sería de él sin mí. ¡Qué remedio!

Ya he probado con arañar la puerta y cantarle como hago siempre, por lo que toca ir a por todas.

Con mis patas logro desentrañar el mecanismo de la puerta y entro sin hacer mucho ruido. Mi humano está debajo de ella y creo que está llorando mientras la mujer salta con fuerza sobre él. Salto y me meto entre ellos, ladro a media voz, al fin y al cabo, la muchacha es muy pequeña, y ¡¡Joan acaba de gritar y empujarme!! ¿A sí? Tenía ganas de hacer pis y no me has sacado...

— ¡¡¡Manchas!!!

— ¡Arg! —La mujer corre a esconderse con las mini mamas botando. ¡Qué graciosa! Creo que he metido mucho la pata. Bueno, toca esconderse, se le pasará. No es la primera vez y ninguna repite. ¡¡Soy el mejor!!

Capítulo 1

—**M**achas ven aquí colega. —Ya. Mucho colega, mucho colega, pero ni siquiera estás con tu raro taparrabos y tu colita no se retrae como la mía. Que visión más extraña... para que luego digan que son más evolucionados. —Machas ven ahora mismo, no hagas que vaya a buscarte. —Si es que es vago hasta para eso. El pobre cree que no lo conozco, pero sé que arruga el hocico cuando está cabreado y no pienso ni acercarme.

Al final opta por perseguirme, al menos parece que lo intenta mientras danza a mi alrededor. Lejos de sonreír, como hace normalmente, cada vez está más rojo y sudoroso, mi humano es realmente extraño.

—Si no vienes ahora mismo no comerás carne en una semana. —Quizás me tengan un poco consentido. ¿Quién no ha sentido ese placer cuando ve un buen chuletón con sus vetas de grasilla? ¿Quién no cedería ante una amenaza de ese calibre?

Me acerqué, pero a regañadientes. Con el rabito entre las piernas y mi mayor cara de tristeza. Al final mi humano sonrió.

—No tienes remedio grandullón. —Y ya está. Otra mujer menos y un chuletón para el menda. Para que luego digan. Si lo sé me habría divertido más, pero tendré más ocasiones, eso lo tengo claro mientras me tumbo en el sofá al lado de mi humano. Él me acarició detrás de las orejas, lo cierto es que sabe lo que me gusta, y la traidora de mi pata trasera se meneó dándole la razón. Esa pata es una rebelde, por más que intento mostrarme frío e indiferente, siempre va por su cuenta. En ocasiones es necesario no dejar ver las cosas que me gustan, mi humano tiende a quitármelas con frecuencia en todo tipo de negociación. Por eso intento mantenerme frío, aunque como ya veis no siempre lo consigo. —Espero que esta noche te portes mejor. Steisy es diferente y si me deja... ¡Dios si me deja! Como me quede a medias por tu culpa te pasas una semana a base de pienso chaval.

Me levanté porque no quería seguir escuchándolo. Cuando mi humano se pone tonto... y ya no hablemos del botecito con olor raro que guarda en el baño. Se lo echa por todo el cuerpo a modo de repelente, es imposible acercarse después a él sin estornudar. Se convierte en un faro para cualquiera, podría encontrarlo con los ojos cerrados. ¿Por qué se tortura a si mismo de

esa manera? Supongo que es una estúpida tradición humana, a veces hasta me dan pena, pienso mientras no puedo evitar cabecear. Salvar a mi humano de sí mismo me da sueño y la siesta de media mañana es indispensable.

Al final caí. No supe cuándo ni cómo, pero el cabrón de mi humano me ha atado. ¿Desde cuándo es eso justo? ¿Acaso le pongo yo un lacito en el cuello y lo obligo a permanecer quieto? Vale, a veces con alguna de las que trae lo hacen, no son lacitos, pero se amarra las patas mientras gruñen. ¿Cuándo se dará cuenta de que eso no debería gustarle?

Lo cierto es que poco importa, supongo que ese era mi castigo. Mi humano y sus castigos, si al final volveré a hacer lo mismo. Es más, disfrutaré muchísimo más. ¿Había dicho Steisy? Pues la correa se convirtió en la excusa perfecta para planificar, idear todo tipo de jugarretas. Si cree que va a “mojar” como dice él... ¡La correa no se la perdono!

Capítulo 2

Ella es diferente, eso dice él, pero se comporta exactamente igual que con las otras. Sin embargo, he de decir que la mujer tiene unos dientes perfectos y lleva el pelo brillante, esos son buenos signos para tener una camada decente. Al menos he de reconocer que esta vez no ha elegido muy mal. ¿Cómo sería mezclar los genes de estos dos? Guapos, pero ¿inteligentes?

Steisy se acercó a mí con una sonrisa, al menos así le llaman ellos a sacarme los dientes sin amenazar realmente. Y no, no es que sean cobardes, solo son raros. Esa es la conclusión que he sacado a lo largo de los años. Hacen las cosas a medias o sin el sentido adecuado, pero ya lo iréis descubriendo vosotros mismos.

Ella no sabía lo que se le avecinaba. Tengo un plan de diez puntos para deshacerme de cualquier mujer, en realidad nunca he llegado al diez, pero me encantaría. Casi estoy por atajar solo para poder divertirme un rato.

¿El más efectivo? Montarme en su pata. Lo cierto es que hace falta echarle mucha imaginación, pocas perritas buenas mozas son tan delgaduchas y estiradas, pero cerrando los ojos puedo imaginarme a una preciosa mastín. Mmm... ¿os he dicho lo que me pasas con los mastines?

—¡Qué bonito! —Steisy se acercó a mí y me acarició la cabeza. La dejé, incluso me acerqué un poco dándole “ligeramente” con el lomo. La pobre casi se cae de culo. —¡¡Qué fuerza tienes!! —La miré de medio lado, evaluando su actitud, y me alejé de vuelta a mi camita. No era el momento para empezar, pensé mientras veía a Joan poner la mesa del salón apresuradamente. El pobre aguantó estoicamente cuando dio con el dedo chico en la pata de la silla. Quizás le saltara una lagrimita, pero que conste que acompañada de una sonrisa.

Nunca lo había visto tan nervioso, temblaba de pies a cabeza, y era divertido ver como se le caían las cosas. Steisy no se acercó a él, apenas lo rozó, las otras ya se le hubieran lanzado al pantalón o le estarían quitando la comida de la boca, pero ella se sentó a la mesa y esperó con una sonrisa mientras lanzaba comentarios al azar.

—¿No quieres que te ayude? —Dijo ella pendiente del ir y venir de Joan. Su sonrisa tenía algo, no sabría decirlo el qué, pero transmitía una sensación

cálida y eso me dejó confuso.

—No hace falta. —Contestó Joan mientras pasaba por su lado y le dejaba una caricia en el hombro que tenía al descubierto. Aquel gesto, tan nimio, me llamó la atención al verla temblar. Joan siguió a lo suyo.

El pobre no es un gran cocinero, en realidad tiene pocas cualidades reseñables, se esmera y dicen que eso es lo importante. Lo evalué con ojo crítico, es uno de mis pasatiempos favoritos. En muchas ocasiones no me necesita para que ellas salgan corriendo. Tiene todo un repertorio de malos comentarios o malos entendidos.

Pero la carne... la carne le queda de vicio y, cuando sirvió los chuletones, me acerqué como el más simpático de los perros. Apoyé la cabeza sobre el regazo de Steisy y la miré con ojitos brillantes.

—Manchas, déjala tranquila. —Escuché a Joan de fondo, pero yo no desistí. Si él tuviera esta mirada no se habría pasado dos horas en la cocina. Me levanté sobre las patas y lamí un poco de esa cosa que se ponen ellas sobre la cara. No es agradable, pero el premio lo merece. —¡¡Manchas!!

Las carcajadas de ella me decían que iba por buen camino y cuando sonriendo cortó un buen trozo de su filete y me lo tendió... Joan intentó evitarlo agarrándome y tirando de mí. Yo embestí con toda mi fuerza, tratando de agarrar el premio de entre los dedos de Steisy, y en el proceso alguno de los involucrados... no se sabe quién... se enganchó en el precioso mantel beige.

Agarré el trocito de carne con la boca y cerré los ojos con placer, mientras me deshacía de Joan y corría hacia mi camita. En mi carrera, no me di cuenta de que el mantelito, por algún extraño motivo, estaba enganchado en el collar que Joan, en su eterna sabiduría, había puesto en mi cuello.

Como veis no fue exactamente mi culpa que parte de lo que había en la mesa fuera parar al suelo o sobre Steisy.

Aquí es donde haré un inciso, la bandeja llena de succulentos chuletones, era la única que había caído sobre la mesa, por lo que al menos no pasarían hambre. No negaré que sentí cierta desilusión por ese pequeño detalle.

—¡¡Joder!! —Bufó Joan lanzándose sobre Steisy, nervioso y sudoroso, intentando limpiarla con la servilleta. Centrándose sobre todo en su escote y ella nerviosa hacía aspavientos tratando de alejarlo.

¿Yo? Yo terminaba de degustar mi trocito de carne, consciente de que si me acercaba en ese momento... preferí posponer un poco más lo inevitable y saboreé el diminuto trocito, del que ya no quedaba casi nada.

—No pasa nada. Tranquilo. —Dijo Steisy mientras se ponía en pie y meneaba el vestido que antes era blanco. Tenía una mancha enorme de vino en la barriga y parte de la falda. —No pasa nada. —Repitió de nuevo para sí misma. Sentí la mirada recriminatoria sobre mí y meneé la cola golpeando el suelo con fuerza. Joan mantuvo la compostura.

—Si quieres irte. —Miré a Joan confuso, parecía triste, y me levanté sin saber muy bien por qué. Me acerqué a Steisy, que estaba más abatida de lo que quería demostrar, yo para eso siempre he tenido un ojo crítico, y le lamí la cara. Joan no me detuvo y, aunque al principio le costó reaccionar, sonrió cuando ella empezó a acariciarme como loca.

No diré que sus caricias me gustaron, no tenía pensado encariñarme con ninguna de las mujeres que traspasaran la puerta de nuestro santuario y pensara en quedarse, no dejaría que me engañaran, quizás la dejé más de lo necesario, pero acabé retirándome y ellos aprovecharon la poca comida que no había tocado el suelo. Yo di buena cuenta del resto.

Capítulo 3

¿Alguna vez os habéis detenido a escuchar a los humanos? Desde mi confortable cama yo miré a aquellos dos especímenes que desprendían hormonas por los cuatro costados. Ella se había olvidado del vestido y él, bueno él quería deshacerse también del vestido.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —Dijo ella sonriendo y mordiéndose el labio. Meneó el pelo con un gentil movimiento de cabeza para expandir sus hormonas y dejar K.O a Joan. De nuevo lo estaban engatusando y no se daba ni cuenta.

—¿Tres años? —Dijo él haciendo un cálculo mental. Ella frunció el ceño, el pobre debía haber errado...

—Cuatro. —Joan la tocó en el hombro y fue ascendiendo lentamente hacia su cuello.

—En el amor el tiempo nunca sirvió de mucho. Lo importante es que al fin estamos juntos. —Bufé ante tremendas tonterías, listo para saltar y arruinarle el plan.

—¿Te funciona alguna vez? —Dijo ella en un tono tintado de sarcasmo. —Supongo que los braquets y los granos influyeron, ¿no? —No tenía ni idea del motivo, pero el musculito que Joan tenía encima de la ceja derecha había empezado a vibrar.

—Eso no tiene nada que ver. —Si ella se daba cuenta, con la misma facilidad que yo, de que le había temblado la voz el pobre estaba jodido.

—Ya veo. —Contestó la mujer aproximando su boca a la de él. Se detuvo a unos centímetros y sonrió de nuevo. —Entonces ¿por qué te gusto tanto ahora? —Él se tensó y yo levanté las orejas en un acto reflejo. En aquel momento podría haberle ayudado, sin embargo, él me ató horas antes... esperé con tranquilidad a que sus neuronas entrelazasen las palabras correctas.

—No lo sé. —¡¡El cabrón lo consiguió!! Ella esperó pacientemente algún tipo de explicación y él aprovechó para robarle un delicado beso. —Me gustas, pero no tengo ni idea del motivo. Me gusta tenerte cerca, olerte, tocarte, sentirte. —Sus dedos recorrieron su mejilla derecha y recolocó un mechón de su pelo detrás de la oreja. —y también estas como un queso ahora.

—¡¡Lo sabía!! —Contestó Steisy amagando un golpe a la mejilla de Joan y

riéndose con fuerza. Yo cada vez los comprendía menos.

—Hace demasiados años que nos conocemos para engañarte. —Se habían olvidado de comer. Ella dio dos saltitos, al igual que los conejos que desean ser perseguidos, miró a su espalda y él saltó sobre ella levantándola del suelo. La mordió en el cuello, ahí sí que podía comprenderlo. A mí también me encanta apresar a las perritas por el cuello. —Aunque yo también te conozco mejor de lo que crees.

Él se acercó despacio y ella jadeó rendida. Después comenzaron a morder sus bocas, a comerse como si se hubieran vuelto rabiosos y necesitasen arrancar la lengua del otro. Él la fue desnudando y se alejaron a trompicones en dirección al dormitorio. Ella decía algo de que le daba vergüenza que yo les mirase, ¿yo? ¿en serio? ¿es eso lo que le daba vergüenza?

Me levanté estirándome y gruñendo satisfecho. Les oía entretenidos saltando sobre el colchón y me acerqué olisqueando el suelo hasta la habitación. Ahí estaban, por algún motivo a aquellas hembras les molestaba perder aquellos trocitos diminutos de tela. Las había de todo tipo, estas en concreto eran muy suaves y finas. Las cogí tratando de no hacer ruido y me alejé.

¿El problema? ¿Dónde podía esconderlas sino podía enterrarlas? Por más que miraba sabía que Joan conocía todos mis lugares secretos, lo único que se me ocurría no era realmente agradable para mí y estuve sopesando los pros y los contras un buen rato. Al final las ganas de joderles un poco, ganaron a todo lo demás.

Me metí aquellas braguitas en la boca y tomé aire. No es tan sencillo tragarlas como parece, aunque son diminutas no bajan por la garganta. Tras regurgitarla dos veces decidí robar el trocito de carne que quedaba sobre la mesa. Al final ambas cosas bajaron con rapidez a mi estómago.

Una vez hecho solo tenía que esperar.

—¡¡¡Ahh!!! —Los gritos eran demasiado escandaloso. A no ser que le estuviera mordiendo hasta el hueso podía dejar que los demás descansáramos un poco. ¿Dónde estaban esos molestos vecinos que se quejaban de mí a todas horas?

Joan salió un poco después, corrió a la nevera y se encerró de nuevo en el dormitorio con fresas y un botecito mágico de espuma blanca.

—Chico, esta es la mejor noche del mundo. —Susurró contento Joan mirándome de reojo sin detenerse ni un segundo más de lo necesario. Prácticamente esprintó, con su culo blanco como la leche rebotando

ligeramente, hacia su damisela en “apuros”.

Mi mente es macabra. Pensé mientras apoyaba la cabeza sobre mis patas delanteras. Tendría que esperar unas horas, nunca ha sido mi estilo mezclar dos puntos de mi lista, sin embargo, algo en el brillo de los ojos de Joan me hizo percatarme de que ella sería diferente y lo cierto es que empezaba a aburrirme de nuevo.

Capítulo 4

Vale, reconozco que me quedé dormido y que me gusta dormir hasta tarde. De vez en cuando mis orejas se mueven involuntariamente en busca de sonido, alerta para levantarme si fuera necesario, pero en aquel momento mi mente estaba muy lejos de allí.

—Tienen que aparecer. —Gruñí molesto incapaz de mover una pata. Llevaba toda la noche esperando, en dos ocasiones me contuve para no echar por tierra mi plan y ponerme a ladrar como un loco con tal de que me dejaran dormir.

—¿Por qué tanta preocupación? —Entreabrí los ojos y observé a la damisela buscar su ropa más íntima. Joan la observaba despreocupado mientras se detenía de vez en cuando “a mirar”, si era en busca de su ropa o las virtudes de Steisy no era algo que pudiera asegurar. —Estás mucho mejor al natural.

—¡¡Ah!! ¡¡Cállate!! —Gritó Steisy agarrando un cojín y lazándoselo a la cabeza. Me quedé quieto, apenas respiraba, y conté los pasos que quedaban. Mi regalito estaba a unos. —¡¡Agg!! —Eureka. Joan se había olvidado de sacarme a pasear por atenderla a ella, ¿qué culpa tenía yo de tener ganas? No pude retenerlo, la cara de ambos era un poema y yo volví a cerrar los ojos haciéndome el dormido. Incluso me eché la patita sobre la cabeza.

—¡Manchas! —Gritó el cabronazo de Joan a modo de disculpa, cargando sobre mi toda la culpa. ¡¡Que me hubiera sacado de paseo!!

—No, no pasa nada. —¡Venga ya! ¿Cómo podía decir eso con aquella cara de asco? Se miraba el pie como si fuera un apéndice extraño de su cuerpo.

—No suele hacer estas cosas. Es muy limpio. —Creo que por primera vez en mi vida tuve el instinto de sonreír. No fui capaz, pero por dentro me estaba carcajeando. ¿No solía? Si tenía todo un cursillo. Si alguno de los perros del parque me hubiera hecho caso...

Ya me había dicho Nacho, el pastor alemán de los Gray, que desde que su dueña se había casado nada era lo mismo. ¡¡Calzonazos!! Eso es lo que eran, unos acojonados; yo tenía pensado luchar por mi territorio hasta el final, y si para eso era necesario orinar por cada esquinita de aquel apartamento bebería como un loco a todas horas.

Me levanté y me acerqué por el otro lado, rodeando el sofá por la derecha. Sin llegar hasta ellos miré mi precioso zurullete, ahora medio aplastado, con un precioso color marrón oscuro. Steisy siguió mi mirada, fue como ver encenderse todas las lucecitas de su cabeza al mismo tiempo.

—¡¡Mis bragas!!

—Ya te dije. —Joan trató de calmarla.

—¡No! ¡Mis bragas! —Repitió Steisy mientras señalaba mi zurullete. Me alejé unos pasitos más. La chiquilla no era un genio, pero estaba a la cabeza de entre todas las que había traído.

—Joder. —Los ojos de Joan echaban chispas. Volví a mi camita mientras él se disculpaba por mí. Se le daba bastante bien.

Al final ella accedió a ponerse unos bóxer. No estaba muy cómoda, ¿por qué lo sé?, porque la vi recolocarse la rajilla del culo en dos ocasiones, siempre vigilando que Joan no la viera. Supongo que el perro no cuenta.

Los dos nos miramos de reojo mientras Joan se preparaba para llevarla a su casa. Ella estaba demasiado cariñosa con él, probablemente volveríamos a vernos, y nos medimos mutuamente. Era más resistente de lo que aparentaba.

Antes de salir por la puerta corrió hacia mí, ancló la rodilla al suelo y me susurró unas inquietantes palabras mientras me acariciaba la cabeza. Nunca antes un humano se había atrevido a hacer tal cosa.

—Has sido listo, pero yo soy mejor. —Lo cierto es que en aquel instante no tuve muy claro si se iba a poner a mear por ahí conmigo o a tragarse mi collar y cagarlo frente a mi cama. Ambas ideas eran igualmente aterradoras. Si ya ver a su especie desnuda era, cuando menos escalofriante, verla de cuclillas tratando de sacar de su interior algo de esas dimensiones...

Se levantó y se fue corriendo, casi lo agradecí; en aquel instante y por primera vez, una de aquellas mujeres me había dejado en shock. Tenía pensado hacer lo de la fuente en la siguiente visita, no obstante, me replanteé toda la estrategia. Necesitaba armamento pesado, ¿era la primera humana que se percataba de mi intención y de mi guerra silenciosa y olorosa!

El desayuno no me reconfortó. La jugarreta del pajarillo tieso había sido muy usada, y la de los aparatitos por los que hablan peligrosa. Tenía que tener mucho cuidado, no podía bajar la guardia. Había encontrado a mi digna rival.

Pobre Joan, se lo iban a comer con carne, aunque una carne con sus vetas de grasa...

Capítulo 5

Joan no volvió para mi paseo de media tarde y me temí que tampoco lo hiciera para el de la noche. Cuando lo vi aparecer con ella descubrí que mi necesidad por correr y respirar aire puro era mayor que mi animadversión por su persona.

—Vamos grandullón. Supongo que un paseo nos vendrá bien a todos. — Dijo Joan mientras colocaba su mano derecha entorno a la cintura de Steisy. Me lancé sobre él, tras coger carrerilla, y le lamí la cara. Quería que comprendiera que, a pesar de todo, a pesar de su vil traición al olvidar mi paseo, lo quería incluso más que antes. Fui feliz al tenerlo de vuelta en casa y extrañé ver en él la misma alegría. —Ya vale, venga, tranquilo. —Al final no pudo defenderse de mis cariñitos y seguir aferrando a su nueva novia y la soltó. Ladré feliz.

Vi a la invasora moverse a mi alrededor, y cuando sentí sus manos en mi espalda, por detrás de mis orejas... un escalofrío ascendió con fuerza por mi cuerpo y dejé a mi humano tranquilo para volverme hacia ella. Una cosa es que tratara de engañar a un tontaina como Joan, pero a mí no me compraba con unas agradables caricias como a él.

—¿Hacemos las paces? —Dijo ella mientras seguía rascando. Como ya dije en otra ocasión, esa era una de mis debilidades. Moví el rabo y esperé con paciencia la oportunidad perfecta. Intenté conectar con mi parte paciente, porque la otra quería tener ojos láser como en las películas para vaporizarla. En las películas de Joan era todo mucho más sencillo; en la realidad si me deshacía de una de ellas siempre venían más. Eran como las pulgas...

En realidad, ella apenas me prestó atención. Fue un formalismo antes de volver sobre Joan y acariciarle el hombro. Él dejó de prestarme atención, dudo mucho que fuera capaz de otra cosa aparte de respirar, y con un impulso la atrajo hacia él y la besó. No podía seguir mirando aquel despropósito.

Me amarró sin mirarme siquiera, el cabrón me arrancó varios pelillos en el proceso. Yo no olvido y achiqué los ojos anotando en mi interminable lista esa afrenta.

En cuanto salimos por la puerta tiré de ellos como un loco. Valiéndome de la correa, que por momentos me cortaba el aliento, los guie hacia mi pequeño

rincón. Aquel parque inmenso en el que podía correr sin contenerme. Allí yo era el jefe.

El sol me calentaba la piel y yo me vi libre. No me importaba nada que no fuera dar vueltas a aquel lugar hasta que mis músculos se resintieran. Quería sentir las cosquillas del cansancio, de la libertad en cada zancada. Al final me fui deteniendo poco a poco hasta llegar a la altura de Mimi, una mastín blanco bastante entrometida.

—¿Estás bien? —Se acercó moviendo su precioso pelaje. Sus ladridos fueron demasiado fuertes para mi gusto, lo que menos me apetecía era que algún perro entrometido supiera de mi dilema.

—Como siempre. —Ladré molesto y me tumbé en la hierba húmeda. Los aspersores acababan de refrescar la zona. —¿Me ayudas?

—¿Yo? —Mimi era de esas que quiere que le ladren en la oreja, quería que suplicara e incluso que la adulara un poco. Bufé cansado de las hembras, complicaban demasiado las cosas, pero lo cierto es que tenían algo adictivo. Yo, por mi parte, cada tarde contaba las horas para volver al parque y ver a aquella coqueta.

—¿Quieres algo a cambio? —Me levanté estirando las piernas y la rocé suavemente con el lomo. Ella hizo que no me veía, pero en el brillo de sus ojos, en el olor de su pelaje... Me alejé dos pasos y me coloqué tras ella.

—Nada que puedas darme. No quiero meterme en problemas con mi dueño por otra de tus gamberradas. —Ella se alejó un poco, pero cuando su cabeza se volvió ligeramente hacia mí supe que era mía. Siempre lo había sido, desde el primer instante en el que la olí y ella me lanzó sobre la hierba... nos pertenecíamos, pero ella era demasiado orgullosa para ceder, quería sentir que tenía el poder, el control... y yo siempre se lo daba. Solo a ella, ella era la única hembra capaz de doblegarme con tanta facilidad, pero disfrutaba de las pocas horas que compartíamos.

—¿Te vas?

—Debería. —Contestó aproximándose a mí de nuevo y apoyando su cabeza en mi hombro. Aquel simple contacto era anestésico, me quedé paralizado y tardé varios segundos en reaccionar. Ella estaba siendo demasiado mimosa, aquello no era necesario, pero no fui capaz de alejarme. Me hubiera quedado allí eternamente de haber podido, y ser consciente de eso me molestaba. —¿Qué tienes en mente? —Uff, tenía muchas cosas en mente, pero tardé en ordenarlas. Me habría gustado unirme a ella, lanzarme sobre ella y disfrutar juntos, sin embargo, detuve mis instintos y olisqueé su hermoso pelaje.

—La fuente. —Ladré escueto.

—¿Se lo merece? —Contestó ella. Mimi era una de las perritas defensoras de causas perdidas, una cualidad adorable, pero demasiado molesta.

—Quiere quitármelo y precisamente tú deberías saber que yo lucho por los que me importan. —Ella se alejó unos pasos y me arrepentí de lo que le había dicho. Me disculpé con un ligero lloriqueo y volvió a acercarse. Cuando se alejaba de aquella manera algo en mi interior se rompía, pero cuando volví a sentir su lomo contra el mío recuperé el aliento. —Debo hacerlo.

—Parece agradable.

—Todas lo parecen, pero cuando están en escena él se olvida de mí. Nunca he sido bueno compartiendo. —Contraataqué molesto. No me gustaba tener que explicarle mis razones, yo mismo sabía que no eran unos sólidos argumentos.

—Está bien. —Claudicó al fin. Yo me lancé sobre ella contento, rodamos sobre la hierba lanzando lametones aquí y allá. Sus patas me lanzaban lejos, pero podía olerla, sentía el calor que desprendía, y saboreaba sus gruñidos de alegría como el mejor de los afrodisíacos. Jugamos un rato, no quería parar, pero mi agudo sentido del tiempo me avisó de que Joan querría marcharse en breve y si quería que mi plan saliera bien tendríamos que actuar ya. Mimi era la única capaz de llevar aquel plan con éxito. —¿Por la derecha?

—Sabes que nunca podría decirte que no. —Ladré feliz a los pájaros, al sol y al aire. Ladré a todos los que estaban allí mientras ella se colocaba a mi lado. Varios ojos se volvieron hacia nosotros, algunos humanos sonrieron a su manera tan amenazadora y pronto volvieron a sus distracciones. —¿Vamos?

Capítulo 6

El aire, el sol y una mujer bonita a su lado.

Sabía que Joan no podía ni pensar en otra cosa que no fuera en lo que había debajo de aquel diminuto vestido. No hacía falta ser muy observador para ver que, por las caras raras que ponía, ella estaba más que dispuesta a recibir sus atenciones.

Me aproximé y tuve que dar varios saltitos a su alrededor para que ambos se percatasen de mi presencia. En algún punto entre los mutuos mordiscos de boca y cuello, y las manos de Joan que se deslizaban sobre la espalda de ella, me había vuelto invisible. De pronto mis manchas se habían convertido en manchas camuflaje, a pesar de haber llamado su atención, un mordisco de Steisy en el cuello de Joan fue suficiente para que tuviera que volver a saltar como un gilipollas para disfrute de dos humanos salidos.

Joan tanteó el aire dándome en la cabeza con delicadeza; casi me sentí ofendido por ser “atendido” mientras él seguía mordisqueando a Steisy con los ojos cerrados. Lo único que pretendía era que no lo molestara.

—¡¡Mimi!! —Ladré con fuerza. ¿Qué maldad podrían achacarle a una mastín tan hermosa?

Empujé con suavidad la pierna de Joan y él dejó a su hembra dos segundos para amarrarme de nuevo. Caminamos despacio, a aquel paso tardaríamos horas en cruzar un simple parque. Un poquito más... Mimi estaba justo detrás de nosotros, pero se mantuvo alerta. Solo necesitábamos encontrar el instante perfecto para...

Joan se detuvo, agarró la cabeza de Steisy y la miró a los ojos. La fuente estaba detrás. Planté mis cuatro patas, afianzándome lo mejor que pude, y gruñí. Joan seguía perdido en los ojos de Steisy y ella sonreía.

Mimí agarró el vestidito de Steisy y tiró con fuerza. La tela era quebradiza, escasa, el vestido apenas lograba tajarla y ella descubrió que esa era su prioridad. Ella soltó a Joan y se aferró al vestido, pero mi Mimi era fuerte como un rotwailer. Ambas pugnaban por quedarse con aquel trocito de tela, sin embargo, la tela se rompió. Joan quiso intervenir, pero en algún punto en sus intentos por salvar a su damisela acabó empujándola un poquito más.

El sonido de la tela abriendo el vestido de par en par, sus pies en alto, y

ella cayendo dentro de la fuente. Joan gritó, varias personas se acercaron y Mimi se alejó de nosotros tratando de poner entre ambos el máximo terreno posible. Ninguno de los dos queríamos que su humano la pillara en medio de aquella jugarreta. Le di las gracias mentalmente prometiéndome que se lo compensaría cuando tuviera la ocasión.

Yo, por mi parte, me quedé disfrutando del espectáculo. Era increíble el jaleo que se montaba por algo tan nimio como mojarse un poco o que la vieran un poco más desnuda. Ella se levantó tratando de mantenerse tranquila, cerrando el vestido con las dos manos. El maquillaje se le había corrido en ciertos puntos, era un borrón extraño.

Cuando quiso de salir de la fuente descubrió que sus zapatos se quedaban tras ella, al principio trató de apresarlos, como hago yo con los pescaditos de las peceras del amigo de Joan, pero desistió pronto. Fue Joan el que como buen caballero que era los recogió por ella.

Me senté sobre mis cuartos traseros mientras Steisy escondía la cabeza en el sobaquillo de su novio y despachaba a los humanos que se acercaban, más para curiosear y comentar que para ayudar realmente.

La vuelta a casa fue rápida, yo pasé desapercibido y caminé al lado de Joan sin llamar su atención. Steisy se cagó, según ella, varias veces en Mimi, mientras lloriqueaba otras tantas.

—¡¡Qué vergüenza!! —Llegamos a casa y Joan me dejó ir. Agarró a su chica y la levantó entre sus brazos. Ella se tranquilizó un poco y él la llevó hasta el sofá, donde se sentó con ella sobre su regazo.

—No es para tanto. —Joan besó su mentón y ella dejó de llorar.

—Todos me miraban. —Steisy me observó de reojo, ya no estaba tan preocupada por taparse, su vergüenza no parecía ir ligada a Joan. —Iba medio desnuda, no sé...

—Pues yo creo que eras la cosita más bonita que han visto nunca. No nos olvidarán, tú porque eres hermosa, a mí porque me envidiarán siempre. —Joan recogió una lágrima que se deslizaba por su mejilla. Lo cierto es que empezaba, solo ligeramente, a sentirme culpable.

—Yo...

—Estabas preciosa. Tendrías que haberte visto salir del agua. —La cortó Joan. —Eres la sirena más persuasiva que conozco. En serio, deberías haberte visto, ¿seguro que no has hecho todo esto para seducirme? —Joan agarró su mano y se la llevó a su entrepierna.

—Eres un cerdo. —Los miré sin comprender muy bien aquel cortejo. Steisy

lo había dicho con un tono meloso.

—Pero has dejado de llorar. —Contestó Joan orgulloso. Me levanté y me aproximé a ellos. No quería disculparme, algo en mi interior se negaba a ello, pero me apoyé en el sofá suficientemente cerca como para que mi presencia ayudara a tranquilizarla. —¿Por qué te importa tanto?

Steisy se colocó a horcajadas sobre Joan y al pobre se le olvidó lo que acababa de decir. En algún punto del pasado había llegado a la conclusión de que los seres humanos aprovechaban cualquier oportunidad para copular, cualquier excusa servía. Yo me alejé dándoles algo de intimidad.

Contra todo pronóstico ella no se había alejado, no se había ido furiosa después de lo ocurrido, en su lugar se apoyaba en él, y él no podía estar más “contento”.

En ningún momento había pretendido que el vestido se rasgase, espero que me creáis y no me odiéis, solo quería pasarla por agua y refrescar sus calenturas para que se fuera a su propia casa a dormir. ¿No extrañaba su camita? Yo habría sido incapaz de conciliar el sueño lejos de la mía. Aún me quedaba mucho por aprender de aquella extraña especie.

¿Queréis que os explique cómo dieron saltitos o lo mucho que gritaron? Por algún extraño motivo se reían mientras se montaban mutuamente, y contra todo pronóstico era ella, principalmente, la que lo montaba como una posesa. Me recordaba a las niñas con los ojos blancos de las películas de exorcismos, a su cabeza solo le faltaba dar vueltas.

—Gracias. —Levanté la cabeza al oír las primeras palabras coherentes que salían de sus labios en los últimos quince minutos.

—¿Por qué? —Contestó él.

—Por estar a mi lado. Sé que no fue para tanto, pero me sentí tan expuesta, desnuda en medio de la calle. Era como una de aquellas pesadillas que tenía de pequeña y. —Steisy lo miró de frente, no escondió sus ojos ni se retiró avergonzada aun cuando se notaba que deseaba hacerlo. Se removía, quiero pensar que inquieta, sobre él.

—No soy nadie para juzgarte. —Susurró Joan acercándose a su oreja. Gracias a mi oído, superultramegadesarrollado pude escucharlo todo. Eso sí que es todo un superpoder, y no esas mierdas de volar por el cielo. —Además, me gustas por ser una rarita. No te cambiaría por nada del mundo.

Ala. Joan dio con las palabras exactas para que ella volviera a “tener ganas de otro asalto”. No, no robaron nada, y por un día yo no quería volver a meterme con ella. La miré sin saber muy bien si me molestaba o me daba pena.

La culpabilidad hizo que dejara para el día siguiente mis planes y me fuera a la habitación de Joan.

Al menos pude echar una cabezadita sobre su almohada mientras él mancillaba de nuevo mi sofá.

Capítulo 7

A mí me habría gustado tener una gran camada. ¿Por qué? Por ver a muchos como yo correteando y mordisqueando los muebles de Joan. Él, por el contrario, usaba una gomita que según tengo entendido los evita. Puede fornicar sin la menor intención de procrear y lo peor es que ni siquiera se arrepiente.

A mí aquellos paquetitos y los globos que contenían siempre me parecieron interesantes. Tienen algo que invita a mordisquearlos, no para tragarlos, aunque siempre puede haber accidentes.

En una ocasión un amigo mío me contó que se había tragado uno. Anne, su dueña, estuvo de los nervios durante días, hasta que no lo encontró. Jamás le pregunté a ese fanfarrón donde había encontrado Anne el dichoso paquetito... ¿No se lo había tragado? No podía imaginarse a su humana, vestida de punta en blanco, buscando en ciertos sitios, pero ¡a saber!

El caso es que aquellos paquetitos, que Joan sacaba de la cartera, como si se reprodujeran ahí dentro, tienen algo que invita a mordisquearlos durante horas. Son como las zapatillas de casa.

Tras dormir en el dormitorio de Joan, porque el cabrón se quedó dormido con la damisela viendo una película en el sofá-cama, descubrí varios de aquellos paquetitos rotos por el suelo del salón. Ahí fue cuando recuperé de golpe a las ganas de castigarlos por todas las molestias que me estaban causando.

Incluso entre las suaves mantas de Joan me costaba descansar como en mi camita. ¿Acaso yo les obligo a escuchar cuando monto a alguna hembra sana y fértil? ¿Creen que aquellos sonidos agudos son agradables?

Volviendo a los paquetitos conté cinco. Los fui amontonando en una esquina y miré a aquellos dos especímenes con ojos críticos. ¿De verdad sería una gran faena que no encontraran uno? ¿Se pararían a contarlos?

Aquellos “globitos” estaban rellenos y por el olor ni de coña me los tragaba. Por ahí no tenía pensado pasar, nunca iba mirar de la misma manera a mi amigo, aquel olor salado era nauseabundo.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para agarrar uno entre mis dientes, pero no pude. Lo intenté, ¡tres veces! Quería echarlo debajo del

mueble de la cocina, esperaba que no se les ocurriera mirar ahí, pero no conseguí ni dar dos pasos antes de que llegaran las arcadas.

Tenía ganas de enjuagarme la boca. Solo me tocaron unas gotitas de aquella cosa blanca, ¿cómo era capaz Joan de producir algo tan asqueroso? Lo cierto es que después de mordisquear sus zapatillas de deporte después de un día de gimnasio, no sabía cómo seguía sorprendiéndome. Mi humano era capaz de producir olores nauseabundos, por mucho que después se rociara con un espray para ocultarlos...

Steisy se estiró entreabriendo un ojo, y por algún motivo corrí hacia el dormitorio a esconderme. No quería que me encontraran revisando aquellos paquetitos, llamémosle sexto sentido.

Me quedé tras la puerta, los espíe mientras intercambiaban cariños.

—¿Has dormido bien? —Le preguntó Steisy mientras se estiraba tratando de acomodar sus músculos doloridos por la postura. Joan la agarró con fuerza y la recolocó sobre su hombro mientras se limpiaba de la mejilla una mancha de saliva.

—Mmm... tuve unos sueños realmente placenteros, y cada vez que estiraba las mano se convertían en realidad. —Contestó Joan acariciando la cadera de Steisy y deslizando los dedos por su cintura, ascendiendo despacio rumbo a sus pechos. En algún punto ella jadeó y dejó que la cabeza cayera hacia atrás, rindiéndose al ataque de Joan. Comenzó a mordisquearla y yo me senté aburrido. Verlos apareándose a todas horas empezaba a ser algo muy repetitivo, pero sin previo aviso, cuando ya creía conocer el final de aquel encuentro, Joan se levantó y le lanzó un beso. —Pero la naturaleza me llama. —Añadió con una gran sonrisa mientras se encerraba en el servicio.

Ella se levantó, se puso una camiseta de Joan y caminó descalza recogiendo aquí y allá. Se movía por la casa como si le perteneciera, en ocasiones se detenía a observar las imágenes que colgaban de las paredes o que había en la mesa. En todas salía Joan, en muchas yo y en otras Sarah y Charles. Para los que no lo sepan son los padres de Joan.

Levanté la cabecita y me quedé apoyado sobre las patas delanteras mientras ella recogía lo que había sido su vestido, las bolsas de chucherías vacías que había sobre la mesa, y se dirigía a la cocina.

Cada vez que en su camino se encontraba con algún paquetito de globos, se detenía y lo recogía con una sonrisa, incluso se ponía roja. Estaba contenta, apenas se fijó hasta que uno de los globos, en concreto en que yo había tratado de esconder, goteó sobre el suelo al lado de sus pies desnudos.

—¡¡Joan!! —Gritó mientras lo revisaba con cuidado dejando todo lo demás en el cubo de basura. —¡¡Joan!!

Joan salió del servicio con la cara mojada. Su sonrisa se ensancho mientras la apresaba y daba varias vueltas con ella entre sus brazos.

—¡Para! —Steisy le puso las manos en el pecho y volvió a hablar nerviosa. —Dime que esto no estaba así cuando te lo quitaste. —Steisy meneó el globito que goteaba. —Tiene pérdidas. —Joan lo revisó y la bajó quitándole el globo de las manos.

—Creo que no. —Steisy se acercó y, arrancándoselo de entre los dedos, lo lanzó con los demás a la basura.

—¿Crees? —Por el tono de Steisy creo que estaba al borde de un ataque de algún tipo. Su voz en aquel instante podría romper los cristales de todo el piso.

—No estaba en mi momento más lúcido. —Steisy se movía como hago yo cuando estoy nervioso o preocupado. Caminaba sin rumbo para volver de nuevo sobre sus pasos, una y otra vez. Joan la retuvo y agarrándola por la cabeza la obligó a mirarlo. —Tranquila, no pasa nada.

—¿¿Cómo que nada?! ¡¡Podría haberme quedado embarazada!! —Gritó removiéndose inquieta. —Te dije que ante todo quería que nuestras relaciones fueran seguras.

—Y yo te digo que pase lo que pase estaré ahí. No voy a dejarte sola y, te repito, que no creo que pasara nada.

—No estoy preparada. —Las manos de Steisy se detuvieron en su vientre.

—Pero si pasara tendrías todo mi apoyo y buscaríamos juntos una solución. —Joan se sentó sobre una de las sillas de la cocina y tiró de ella con ternura. —No es tan grave. Pensé que nuestro maratón de sexo te habría dejado más relajada. Te tomas todo muy a pecho.

—Es grave.

—¿Lo es? —Joan le rascó los sobaquillos y ella se removió presa de convulsiones. Su cuerpo, pequeño en comparación con el de él, tenía la suficiente fuerza para hacerlos caer a ambos de la silla.

Me acerqué a ellos y ladré con fuerza. No me importaban sus tonterías, mi cuenco estaba vacío y sus conversaciones solían terminar todas de la misma manera. Si querían ser felices que llenaran mi estómago primero.

—Y ahora tú. —Joan se levantó y le tendió una mano a Steisy. —Ya llevabas mucho tiempo desaparecido. ¿He de temer alguna de tus maldades. — ¡Mías! ¿En serio? Era ella la que hacía un drama de todo. A estas alturas

confiaba en que hubiera sido lo suficientemente inteligente como para ver las señales, pero era demasiado bueno.

Me acerqué a mi cuenco, lo agarré enfurecido entre mis dientes y, con un movimiento preciso de mi cuello, se lo lancé. Le di en la rodilla. Joan sonrió, ella lo recogió y se fue a la cocina.

—Joan, ¿una taza o dos? —La escuchamos preguntar desde la cocina. Yo no sabía lo que tenía en mente, pero el saco de pienso no era mi desayuno normal. No me gustaba por dónde iban los tiros. Si estaba molesta yo no tenía la culpa, bueno, puede que sí, pero ella no lo sabía.

—Dos. —Joan no me apoyó. Cuando lo escuché quise darle un buen mordisco, sin embargo, los cereales, insípidos y correosos, eran mejor que nada.

Pasé de él y corrí hacia la cocina. Cuando ella depositó mi cuenco rojo a mis pies gruñí, no obstante, ella no se amilanó. Me acarició la cabeza y yo comencé con el pienso. A mitad del camino el sabor cambió, no podía creérmelo. Entre el pienso había puesto trocitos de la hamburguesa que habían cenado.

Joan se acercó a nosotros. Iba a acariciarme cuando, tras haber llenado mi boca, lo esquivé y me cuadré delante de ella. Joan se tensó, lo olí detrás de mí, pero yo fui más rápido. Lo menos que podía hacer era ofrecerle mi pata a aquella mujer. ¿Qué pensabais? No soy un desagradecido. Ella aceptó mi pata y su sonrisa fue agradable. Cabeceé volviendo a mi cuenco y dejando a Joan asombrado.

El tiempo, al degustar algo tan delicioso, deja de importar. Cuando levanté los ojos satisfecho ellos estaban cocinando, bueno, más bien danzando por la cocina acariciándose, rozándose, tentándose mutuamente a la más mínima oportunidad que tenían.

Los vi remover la salsa, olía a las mil maravillas. Ella tarareaba una canción, tenía una voz muy bonita. Era agradable escucharla, él se unió a mí, ambos absortos en aquella melodía. Incluso mi colita se movía siguiendo el ritmo.

Ella nos atrapó en su embrujo, nos convirtió durante unos minutos en sus marionetas. Me olvidé de mis planes, de mis jugarretas, y la miré con nuevos ojos. Me pregunté cómo era capaz de crear algo tan hermoso, cómo su boca producía una cantidad tan enorme de sonidos que casaban tan bien entre ellos.

—Me siento como si me hubiera tocado la lotería. —Joan la abrazó por la espalda mientras Steisy seguía removiendo a la comida. —No puedo dejar de

dar gracias por haberte encontrado. —Besó el hueco de su cuello.

—Sigo preocupada. —Replicó ella meneando la cabeza. Se alejaron unos pasos de los fogones y yo eché un ojo al contenido de la sartén. —Necesito saber que no ha pasado nada. —Los escuchaba hablar, sin embargo, yo también tenía mis propias preocupaciones. Los miré y volví a lo mío. Estaba inmerso en mi propio dilema. Quería deshacerme de ella, el hecho de que tuviera un par de cualidades aprovechables no compensaba todos los disgustos que me daba.

Sabía que lo que iba a hacer era una atrocidad. Si algo tenía claro era que no se jugaba con la comida, y aquella olía realmente bien.

Volví hacia mi cuenco y recogí los pocos cereales que quedaban. Los desmenucé, masticándolos ligeramente, y en un ágil movimiento por mi parte y arriesgándome a quemarme, para que luego digan que no tengo un trabajo de riesgo, dejé que el contenido de mi boca cayera sobre aquella salsa. No podía hacer más, me habría gustado poder darle la vuelta, pero no era tan alto y meter la patita no era una opción.

Una vez, cuando solo era un cachorro, sentí curiosidad por aquellas cocinas de las que Joan sacaba la comida calentita. La curiosidad provocó que acabase tocando aquel fogón, así era como él los llamaba, colocando con delicadeza la pata para no dañar aquella superficie brillante. ¿Dañarla yo? Cuando sentí el dolor atroz ascendiendo y el olor a quemado, que desgraciadamente provenía de mis preciosos pelos blancos, quise destrozarse aquella cosa.

Aquel día lloré durante horas, me quejé todo lo que pude y Joan me consoló hasta que me quedé dormido. Lo cierto era que por cosas como aquellas quería tanto a mi humano, cuando lo necesitaba de verdad nunca me había fallado. Aún podía ver la marca que me había quedado después de “aquella incursión culinaria” por mi parte.

Volviendo a la comida, sufrí como el que más, eso quiero dejarlo claro. Me alejé unos metros y dejé que siguieran a lo suyo. Quería, de nuevo, ser un espectador inocente.

—Y pensar que estás en mi cocina y no desnuda y cubierta de chocolate. —Joan la atrapó cuando ella cogía un plato. Ella sonrió y se dejó querer al tiempo que servía aquel contenido. —No tienes ni idea de lo mucho que me encantaría poder comer sobre tu piel. Es posible, que de vez en cuando se me escapase algún chupetón o mordisco, pero prometo que no será doloroso.

—Me quemaría. ¿Es eso lo que quieres? Además, creo que un guiso no es

lo más erótico del mundo.

—Pues yo ya estoy ardiendo. ¿Te das cuenta de lo malo que es para mí esta tentación constante? —Joan se restregó contra su culo. —No puedo pasarme el día con una zona medio necrótica.

—Cuatro años han debido ser horribles para ti. Pobrecito. —Dijo ella poniendo una vocecita aguda y pellizcándole las mejillas a nuestro ligoncete.

—Eres muy rencorosa. —Contestó Joan. —En mi defensa diré que necesitaba esperar a que estuvieras preparada para la intensidad de las emociones que tenía pensado despertar en tu cuerpo. No quería sobrecargar tu organismo y que salieras corriendo.

—Eres incorregible. ¿Seguro que no eras tú el que estaba completamente acojonado? Estás tan acostumbrado a tener el control, a esas mujeres que le dicen que sí a todo, que enfrentarte a mí te aterraba. —Ella meneó las nalgas contra él. Gruñí sin ser consciente de ello, pero ni dios me hizo caso. —Es por eso por lo que voy a disfrutar mucho negándome. Si quieres sexo tendrás que usar la mano, con el susto de hace un rato me ha llegado para una buena temporada.

—Eres demasiado extremista. —Bufó Joan.

Steisy se soltó, escurriéndose con suavidad, y fue dejando los platos y demás parafernalia sobre la mesa. Se sentaron a comer midiéndose mutuamente. Ella se colocó un mechón rebelde detrás de su oreja y recogió su plato. Caminó, con un movimiento extraño de caderas, y se sentó con el plato en el regazo en el sofá.

No esperé ninguna señal. Corrí tras ella y me tumbé a su lado. Joan nos siguió y se sentó al otro lado. Yo esperaba alguna reacción, creía que tan pronto probaran aquel mejunje se darían cuenta. Esperaba escupitajos, quejas, acusaciones. Lejos de eso se relamían, prácticamente lo devoraron. La curiosidad pudo conmigo y, cuando Steisy me acercó su plato prácticamente vacío, no pude contenerme. Lo saboreé y me sorprendí de que aquellos asquerosos cereales casasen con algo. El sabor era increíble, ladré contento y dispuesto a repetir mi hazaña cada día.

Ellos tenían clases, al menos eso dijeron cuando se largaron sin recoger los platos ni limpiar. Yo por mi parte pensaba ensuciar todavía más. El aspecto de aquella sala iba a ser espectacular cuando Joan reapareciera por escena.

Por su parte Steisy iba hecha un cuadro con la ropa de él. Dijo que tenían que pasar por su piso a cambiarse, yo la veía mucho más guapa que con sus mini vestidos, pero mi opinión no importaba. Aquella ropa gigante la hacía

parecer pequeña, delicada, hermosa. La olisqueé un poco antes de marcharse, el aroma de Joan se mezclaba con el suyo y era extrañamente agradable.

Ella, antes de salir por la puerta, volvió sobre sus pasos y me acarició. Esperaba que aquel gesto se quedase ahí, no obstante, cuando su cabeza se inclinó sobre mí y sus labios me dieron un beso, un beso humano en mi frente, descubrí una sensación agradable creciendo con fuerza en mi interior.

En mi interior luchaban dos frentes y me costó mantenerme en mis trece, pero a cabezón no me ganaba nadie, además, en el fondo era posible que a la que realmente le estuviera haciendo un favor fuera a ella.

Capítulo 8

H abían pasado dos días. Cada tarde esperaba detrás de la puerta, tenía mil ideas y lo tenía todo preparado para molestarla, sin embargo, ella había desaparecido. Joan entraba, dejaba las llaves sobre la mesita y me saludaba. Daba igual cuánto buscara, la puerta se cerraba tras él, y ella no aparecía.

Cuando aquel sábado salimos por la puerta rumbo al parque me pregunté si volvería a verla. Era divertido jugar con ella, aunque no lo creáis dos días son suficientes para acostumbrarte a la presencia de alguien. Yo no la quería con él, no quería a ninguna mujer chupándole las fuerzas y monopolizando sus actos, no obstante, pensé que aguantaría un poco más. Me hacía ilusión llegar al décimo, ¿era solo por eso?

Tiré de la correa ansioso por alejarme de Joan. De pronto su presencia me molestaba, no llegaba a comprenderlo, no obstante, me habría gustado que se detuviera a hablar conmigo. Por el contrario, Joan seguía tranquilo, impassible, conectado a su teléfono y a su ordenador.

Solo con que una vez levantase la vista y me viese realmente, quizás entonces podría acercarme a él y nos divertiríamos juntos. ¿Cuánto tiempo hacía que no jugábamos juntos a la pelota? ¿Cuándo había dejado de disfrutar de pasar la tarde conmigo?

Cuando me vi libre y vislumbré a Mimi no pude evitarlo, corrí hacia ella, sin saber por qué, necesitaba más que nunca sentirla a mi lado. No tenía nada que decirle, pero sentía la necesidad de hablar.

Mimi me esperó y dio los últimos pasos en mi dirección. Me lancé sobre ella y me tumbé sobre su cuerpo. Lo más agradable era sentir que me aceptaba, Mimi no se alejó, dejó que me cobijase contra ella.

—¿No fue bien? —Preguntó Mimi con precisión. Sabía ver bajo la piel, una capacidad odiosa en ciertas situaciones.

—Perfecto. Ella acabó en la fuente. —Y había estado genial, pero el recuerdo había quedado tintado con el sabor agrisado de la culpabilidad. No digo que no hubiera sido la leche verla chorreando y arrastrándose por la fuente tratando de salir. ¡Ni yo era capaz de entender lo que pasaba por mi cabeza!

—¿Entonces por qué te noto tan preocupado? —Me preguntó con un ladrido

suave. Mimi se removió y yo la dejé alejarse. Me quedé tumbado y se colocó a mi lado. Ella no me miraba y yo aproveché para observarla. ¿Qué estaría pasando por su cabeza?

—Aburrimento, supongo que vi algo en ella que no tenían las otras, pero me equivoqué. —Miré las nubes, esponjosas. Siempre me han fascinado, sus formas cambiantes, desde lejos parecen tan mullidas, suaves, en ocasiones me imaginaba a mí mismo caminando sobre ellas. —Creí que ella aguantaría más.

—Ahora no me digas que te gustaba. —Gruñí ante semejante tontería. Mimi a veces parecía no conocerme.

Me levanté de un salto. De pronto quería alejarme y volví junto a Joan sin hacer caso de los ladridos de Mimi, a ninguna hembra le gustaba que la dejaran con la palabra en la boca. Mimi me lo haría pagar muy caro, probablemente tendría que arrastrarme para obtener siquiera una mirada por su parte, pero en aquel momento no era algo que me preocupara.

Zigzagueé un poco, esquivé a un par de niños que corrían en mi dirección dispuestos a jugar a los vaqueros, y llegué hasta Joan. Lo que vi no me gustó. Estaba más que acostumbrado a las mujeres yendo y viniendo, al sexo a todas horas y a las conversaciones cíclicas en las que al final no sabías si realmente habían dicho algo, pero en aquel momento me cabreé.

—He estado muy ocupado últimamente. —Dijo Joan mirando de reojo a aquella morena. Aquella mujer llevaba lo de la moda minimalista a otro extremo. Aquello era un top, creo que podría delimitar sus pezones a la perfección y ni siquiera me había acercado mucho.

—Dijiste que me llamarías. Al menos esperaba que fueras sincero. —Le recriminó la mujer al tiempo que apoyaba ambas manos en el pecho de Joan. A pesar de sus palabras seguía buscándolo, se acercaba sinuosa, tentando a un hombre que no parecía tener la facultad de negarse. ¿Tan difícil era decir que no?

¡¡Hasta aquí llegamos!! ¿Otra? ¿En serio? Y lo triste es que esta no tenía ni un pelo tan brillante ni una voz tan melodiosa; es más, ni siquiera me miró cuando llegué a su altura. Para ella yo no era más que un molesto incordio, algo que debía soportar, pero de lo que se desharía si tuviera ocasión.

Cuando ella se percató de mi presencia interpuso su cuerpo, haciendo que Joan solo la mirara a ella. Hinchó sus pechos, demasiado rellenos para mi gusto, y prácticamente los colocó a la altura de los ojos de mi, pobre e incauto, humano.

Volví sobre mis pasos, lo decidí en un segundo, no me planteé las

consecuencias ni porqué lo hacía realmente.

Corrí con cada fibra de mi ser y salté. Salté sobre Joan, con las patas estiradas, y lo empujé con todo mi peso. Él no pudo evitarlo y ambos caímos con fuerza. Me levanté de un salto y, cuando ella se acercó tratando de agarrar a mi humano, me interpose entre ambos.

Gruñí, ladré, sentí erizándose cada uno de los pelos de mi cuerpo. Me coloqué en posición de ataque, pendiente de cada uno de sus movimientos. Vale, no tenía pensado hacerlo, pero ella no lo sabía.

—¡¡Manchas!! ¡¡Tranquilo!! —Gritó Joan. Aquello no era más que un paripé, aunque estaba realmente molesto. Nunca había amenazado a nadie, pero por algún motivo verlo coquetear con aquella mujer cuando Steisy había desaparecido de escena hacía tan poco tiempo me molestaba. No, no le tenía cariño, no, tampoco me gustaba que se hubiera largado tan pronto, no, no me estaba volviendo loco.

Joan reaccionó con rapidez y me agarró. Como por arte de magia me apagué, me relajé consciente de que toda su atención me pertenecía al fin, y lo dejé hacer.

Mientras nos alejábamos me arrepentí, sobre todo porque él no dejaba de repetir que era peligroso, que si mordía a alguien acabaría muerto. Él siempre había sido muy pesimista, pero eso no hizo que no sintiera el peligro que transmitían sus palabras. En algún punto de camino a casa lo miré preguntándome cómo sería morir por cometer un error, por un simple enfado. Yo jamás haría daño a alguien, pero cuando vi a Joan coquetear con aquella desconocida, bueno realmente la recordaba ligeramente de una de las noches “de fiesta” de Joan, no pude controlarme.

Al llegar a casa estaba, como dicen los humanos, enfurruñado.

—Manchas, no sé qué te pasa. —Dijo él. Lo peor era que yo tampoco. Me lancé sobre sus brazos y lloriqueé hasta que me sentí envuelto. —Lo siento muchacho, no fue tan grave. —Decidí dejarlo todo atrás y me senté sobre su regazo mucho más tranquilo.

Aquella noche seguí “soportando” sus caricias y miré la película que daban en la televisión, y mira que era de las malas.

Mi humano actuaba como un virus, me había prometido no dejarme influir por él, no quería las tan famosas “emociones humanas” alterándome, pero era demasiado contagioso. Sentía cómo mi propia manera de pensar cambiaba y no me gustaba. Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo estudiándolo, lo mejor sería que me tomara un descanso.

Me prometí que algo así no volvería a pasar. Me mantendría en mi dulce oposición a la llegada de desconocidas medio en pelotas y con sonrisas demasiado tensas. Con aquella reflexión me sentí mucho más relajado, como si darme cuenta de eso aliviara un poco la presión de mi conciencia. ¿Realmente aquella mujer se merecía que la hubiera amenazado? ¿Qué estaría haciendo Steisy, y lo que era más importante, dónde?

Capítulo 9

¡¡V olvió!! Era un día normal, Joan me dio de comer y timbraron a la puerta. De fondo la televisión retransmitía las lúgubres noticias de siempre, porque los humanos no ponen también las cosas alegres como contraposición a tanta tristeza, no, a ellos les gusta regodearse en el dolor y en los hombres persiguiendo una pelota. ¡22 tíos en calzones corriendo como tontos mientras otro, bastante cansino, no dejaba de jugar con un pito! Si pusieran a un par de perros en el campo les darían mil vueltas, añadiré que a los humanos tampoco les gusta la competencia.

Era lunes, toda una eternidad sin verla, eso fue lo primero que me vino a la cabeza cuando Joan abrió la puerta y la invitó a entrar. La alegría duró poco, salté sobre ella un par de lametones y ya estaba planeando mi siguiente putada. ¿Por qué? ¿A quién le importaba el porqué?

—¡Estoy agotada! Al fin he terminado los exámenes. —Joan la levantó en un abrazo y dieron varias vueltas por el salón. Los zapatos de ella salieron volando y yo, como buen samaritano que era, los recogí y me los llevé.

No fui testigo de más. Joan ya tenía las manos sobre ella y ambos sonreían. No necesitaba ser un genio para ser consciente de que en poco tiempo estarían desnudos, saltando, mordiéndose y copulándose. Cuánto más los veía más extrañaba no tener a Mimi conmigo en todo momento, Joan y Steisy parecían felices cuando estaban juntos, sin embargo, yo sabía que nunca la tendría a mi lado, me tendría que conformar con los días que coincidiéramos.

Como siempre las ideas pasaron con velocidad por mi mente para alejarse con la misma rapidez. Siempre he sido consciente de que no tenía ningún sentido paralizarme o entristecerme por lo que no puedo, ni podré cambiar. Yo jamás podré tomar las decisiones, siempre estaré supeditado a Joan y lo cierto es que, aun así, tenía mucha suerte. En ocasiones veía a otros perros paseando con sus humanos y no todos tenían el mismo cuidado y cariño por sus compañeros caninos.

Dejando eso de lado, me dirigí con sus tacones en la boca a la ventana. El aire entraba con fuerza, fuera estaba refrescando con rapidez. Los humanos decían que el tiempo no dejaba de cambiar, aunque yo no lo veía de esa manera, ellos intentaban controlarlo todo y la naturaleza jamás lo permitiría.

Dejé que ambos tacones cayeran a mis patas, calculé el impulso, y miré hacia atrás. No quería que nadie me descubriera.

¿Qué hice? ¡¡Zapatos voladores!! Cogí el primero de ellos, tomé impulso, y lo lancé por la ventana. Fallé al primer intento, pero una vez conseguido el segundo zapato fue mucho más fácil. Los vi salir disparados con alegría, preguntándome cuánto tiempo tardarían en darse cuenta de su ausencia o qué explicación darían.

No pude evitar echar un vistazo, al mirar hacia abajo una mujer, de esas que tienen el pelo blando y lleno de rulos miraba los zapatos con los ojos abiertos como las lechuzas. Se acercó tensa, supongo que temían que, ya que habían llegado volando, que ambos tacones se pusieran a levitar y la atacasen.

Dejé a la anciana sola con sus cavilaciones y me alejé. Presioné el mando y la televisión empezó a reproducir una serie de las que me gustaban. Me habría gustado poder subir el volumen, pero el aparatito de las narices es muy complicado. Entre las conversaciones de los protagonistas, Joan y Stela, introdujeron su propio doblaje.

Capítulo 10

Hacía frío, Joan en su eterna sabiduría se había negado a encender la calefacción argumentando que era un cambio momentáneo y que pronto haría calor de nuevo. Lo único que pude hacer fue envolverme en mi mantita blanca y moverme, lo justo y necesario.

Me desperté confuso y con los músculos agarrotados. En medio de mis sueños, aquel olor llegó hasta mí tentándome. Era la mezcla perfecta entre carne y especias, los complementos eran aceptables. Antes de abrir los ojos estaba convencido de que era ella la que cocinaba.

Aún en trance, seguí el aroma, llegué hasta la cocina y me senté al lado de las piernas de Steisy, que estaba de nuevo ante aquellos odiados fogones haciendo magia.

Había algo en su forma de moverse, algo que invitaba a observarla. Era delicada, casi podría decir que era dulce, la forma de fruncir los labios, la manera en la que le brillaban los ojos cuando se concentraba, y al mismo tiempo era tan precisa como un cirujano.

Removió, cortó, y siguió añadiendo cosas a aquella sartén, cuando la miraba no parecía tan complicado. Con Joan se parecía más a una exploración espacial en la que, si encuentras algo sabroso, ha sido por pura casualidad.

Mi nariz despertó y descubrí, con gran asombro, que la comida no tendía a cubrirse de aquel color negruzco. Las patatas incluso podían adoptar un tono dorado y la carne supurar salsa... Casi eché de menos el grito y el saltito de Joan cuando echaba las patatas en la sartén. Aquellas gotitas de aceite atacaban con ferocidad y Joan llegó a defenderse con tapas y platos. Se tapaba la cara, en una ocasión se fabricó una armadura con varios delantales para freír unos pocos pimientos. A mi desde luego no me compensaría, a pesar de todos sus intentos acabó cubierto de pequeñas manchitas rojas, que, según sus propias palabras, dolían como mil demonios agujereándole la piel.

Lejos de lo que pueda parecer, y de que culinariamente hablando deja mucho que desear, Joan lograba convertir la tarea más sencilla en una odisea. Poner la lavadora era una fiesta de espuma y barrer, una búsqueda y recuperación de objetos perdidos semanas atrás.

—¿Te gusta eh? —Dijo ella. La miré ubicándola de nuevo, en algún

momento me había perdido en el crepitar de la carne y mi saliva estaba a puntito de rebasar mi boca para caer sin control sobre el suelo. Busqué a Joan con los ojos, sin embargo, no lo encontré por ninguna parte. —Es una receta de mi abuela, ella tiene la teoría de que a los hombres se los conquista por el estómago. ¿Crees que lo conseguiré? —La miré como si se hubiera vuelto loca. ¿Por qué tanto esfuerzo por Joan? ¿De verdad conocíamos al mismo? Giré la cabeza y la seguí mirando, en ocasiones al mirarme a los ojos Joan podía saber lo que pasaba por mi cabeza, probaba una y otra vez hasta que acertaba, y yo ladraba para avisarlo. Ella ni lo intentó.

Miré sus pies, iba descalza y cuando la rocé con la pata me di cuenta de que estaban congelados. Caí presa de un extraño instinto de protección y le lamí el pie derecho, ella se detuvo. Me miró desde arriba y retrocedí. Ella se acuclilló a mi lado y yo me acerqué sin saber muy bien qué debía esperar. Cuando abrió los brazos me sentí ridículo, tanto si corría hacia ellos como si no lo hacía.

Me aproximé despacio y ella me absorbió. Enterró su cara en mi pelo y me retuvo. Sentí sus manos acariciándome la espalda mientras su aliento me hacía cosquillas en el hombro. Aquel gesto me puso nervioso, apoyé mi cabeza en ella, sin saber qué más podía hacer.

—Tiendo a ponerme tonta, pero eres un chico precioso. ¿Crees que podríamos ser amigos? —No ladré, no podía. No quería que se quedara por allí, por muy buenas que fueran sus intenciones no podía hacerlo, no obstante, debía reconocerle todos los esfuerzos que estaba haciendo.

Sentí la llave en la puerta. No sabía a dónde había ido Joan, pero me alegré de su vuelta. Salté como loco ante su llegada, soltándome del tierno agarre de Steisy y sin volver la vista atrás. Puede que la viera en el reflejo del espejo levantándose, puede ser que su rostro serio me molestara, pero a mí las cosas se me pasan pronto.

¿Quién en su sano juicio arrancaría flores y le daría sus cuerpos, marchitándose a gran velocidad, a su novia como un gesto romántico? Joan lo haría. Era precisamente eso lo que traía entre las manos y a ella le encantaron.

Yo no pude con eso, estaban locos. Las intercepté cuando cambiaban de manos y me dediqué a deshojarlas. No dejé de zarandearlas, mientras él me perseguía, hasta que no quedaba ni un solo pétalo en su sitio. Después dejé caer los tallos a sus pies.

—¡Al cuarto! —Gritó Joan. Steisy por otro lado estaba sonriendo. La odié

por eso.

—¡Pero si ha sido divertidísimo veros correr! Hubo un momento en el que creí que lograrías salvarlas, pero Manchas es mucho más rápido que tú. —Steisy lo señaló con el cucharón en la mano. —Pensé que serías mi salvador.

—Últimamente está muy tonto. —Dijo Joan. Si no fuera porque lo quería le habría mordido el gemelo por la traición. ¿Tonto? ¿Es que acaso no veía que lo único que hacía era defenderlo?

—Yo creo que es un macho tratando de defender su territorio. Solo le falta ponerte una pegatina cuando me acerco a ti. —Las palabras de Steisy me hicieron abrir la boca como si me hubiera vuelto estúpido. Me acerqué a la mujer, quizás escondido bajo la ropa tenía algún aparato extraño capaz de leer la mente. Lo humanos inventaban todo tipo de extraños aparatos. Si una caja era capaz de crear series y películas, podía tener cualquier cosa bajo el pantalón. ¿Quedaría muy raro que le quitase la ropa para inspeccionarla? Solo por cuestiones científicas, bueno y que no fuera capaz de anticipar mis movimientos. ¿Cómo iba defenderme contra eso?

—Le das demasiado mérito. —Contestó Joan, me miró y se me pusieron los pelos de punta. Creo que la cara se le oscureció cuando lo dijo, incluso habría jurado que le salieron cuernos. —Quizás lo mejor sería castrarlo. Dicen que se tranquilizan. —Añadió Joan bajando el tono y sentándose en una silla frente a Steisy.

Tardé varios segundos en procesar semejante atrocidad. ¡¡Castrar!! ¿De verdad es mi cosita la que le molesta? ¡Yo he visto su aparato oscilando indecentemente tantas veces que he llegado a soñar con él! Os prometo que daría para todo un libro. Cuántas veces me he levantado sudoroso y gritando, siendo perseguido por su cosa... ¡¡Y es la mía la que quiere cortar!! ¡¡Cortar!! ¿De verdad pretende usar unos métodos tan bárbaros para mantenerme sosegado?

Salí corriendo y me escondí bajo la cama. Era incapaz de controlar los temblores que me embargaban. ¡¡Cortar!! Esa palabra se repetía en mi mente. Si se atrevía a hacerlo lo odiaría toda la vida, jamás podría perdonarlo. ¿Los perros se quedaban tranquilos? Normal, perdían las ganas de demostrar el más mínimo afectos por los h... que permitieran una tortura semejante. ¿Dónde estaban mis derechos al respeto? Yo quería mantener a mi pequeño en su sitio, más que contento con su forma, aspecto y funcionalidad.

Tardé diez minutos en decidirme. Ya no sabía si solo quería echarla a ella de casa o a ambos. En aquel momento no habría zapatos voladores sino un

gran Joan en caída libre. ¡¡Menudo cabrón!! Yo siempre había estado a su lado, lo había apoyado incluso cuando no dejaba de vomitar abrazado al retrete, ¡¡también le había dado besos a pesar del asqueroso sabor que le quedaba después!!

La inevitable conclusión era que había sido demasiado bueno. Era el momento de sacar la artillería pesada.

Les oí hablar, pasé de ellos, y me dirigí hacia el armario. ¿Un perro malo? Me meé en todos y cada uno de los zapatos que había allí. Lo cierto es que tuve que dividir el chorruto. Dejé más cantidad en las deportivas, temía que en caso contrario ni siquiera se percataría.

Salí y volví al salón. Tenía que pensar, un acto irreflexivo me pondría en una situación peor que en la que estaba. De pronto me sentí traicionado y me dolía. ¿De verdad por unas cuantas putadillas estaba dispuesto a hacer algo tan radical? Antes me colgaba de sus huevos y tocábamos una serenata a dúo.

—¡¡Manchas!! —La voz de Steisy ya no me parecía tan bonita. Me acerqué sin fiarme, rodeé la isla de la cocina con cuidado y me acerqué a mi cuenco. Estaba lleno, aquella cosa aún echaba humo, pero no me fiaba. —¿No vas a probarlo? —La sentí acercarse y reculé.

—Si él no quiere probarlo yo me ofrezco a catar lo que sea necesario. Dicen que tengo una lengua intrépida lista para asaltar las cumbres más remotas. —Susurró Joan acercándose a ella por detrás. Sus manos la apresaron y ella se giró entre sus brazos hasta que estuvieron uno frente al otro.

—Está nervioso. —Steisy entrelazó las manos tras el cuello de Joan mientras seguía mirándome de reojo.

—Se le pasará. En cambio, yo necesito toda tu atención. Lejos de lo que pueda parecer es cuestión de vida o muerte, creo que ya noto cierta rigidez fruto de una constante estimulación. ¿No te doy pena?

—Aclaremos una cosita. —Dijo Steisy enérgica. Apoyó el índice en la nariz de Joan y lo empujó ligeramente apartándolo unos centímetros. —ni tus artimañas funcionan ni soy una tonta más en tu cama. Aunque no lo creas, soy yo la que te está usando para pasar un buen rato.

—Pero...

—Además, Manchas me cae bien. Es un canalla adorable como el dueño, con la única diferencia de que a él lo entiendo mucho mejor que a ti. —Fue ella en esta ocasión la que se aproximó a Joan. Sus labios rozaron su mejilla para acercarse peligrosamente a su boca.

¿Yo le caía bien? ¿Yo le caía bien y no le parecía mal que Joan amenazara con castrarme? ¿Qué se le pasaría por la cabeza hacerme si me odiara? ¿Despellejarme vivo para hacerse un abrigo con mi piel? Creo que eso salía en una película... ¡Cruela de Vil!

Se mordisquearon un ratito hasta que se sentaron a comer. Acercaron las sillas y se daban mutuamente de comer, para besarse a medio camino entre cada bocado. Ella sonreía sobre la boca de él y él la miraba obnubilado.

Me comí mi plato a regañadientes, asqueado de tantas muestras de amor y felicidad mientras mi mundo había sufrido un serio bandazo. Saber que las amenazas de Joan habían llegado a esos niveles me complicaban las cosas, pero yo era como los héroes que le gustaban tanto a Joan. Cuanto más difícil y peligroso fuera, más mérito tendría alejar a las diferentes brujas que trataban de apalancarse en nuestra casa.

¿Por qué me comí mi plato? Porque no podía morir de inanición, necesitaba todas mis fuerzas. La guerra acababa de empezar.

Capítulo 11

Si algo he aprendido, en todas las horas muertas en las que Joan no está en casa, es que para vencer a tu enemigo has de conocerlo, esperar lo inesperado. Yo era un experto en observar, tampoco es que Joan me diera mucha conversación normalmente. Mis instintos, aunque impresionantes, podían llevarme a arranques descuidados.

—¿Qué pretendes hacer? —Preguntó Steisy. Hasta yo veía sus intenciones mientras Joan trataba, por segunda vez, de desabrocharle el sujetador.

—Ponerte más cómoda. —Mientras Joan hacía de semental me tumbé en la alfombra a los pies de ambos sin quitarles los ojos de encima.

Fueron quedándose desnudos, acariciándose perezosos mientras se besaban aquí o allá. Se sentían desinhibidos, excitados, y se olvidaron de todo lo demás. Gruñí ligeramente tratando de hacerme notar. Ella entreabrió los ojos, con la lengua de Joan todavía en una incursión por sus cuerdas vocales. Ella luchó contra aquella lengua externa para lograr que la suya volviera a recuperar su facultad.

Su boca se vio libre al fin y logró componer unas palabras. Habló entrecortadamente, sus pieles desprendían demasiado calor, incluso desde mi distancia podía sentirlo. Steisy jadeó varias veces, tomando aire, al tiempo que Joan deslizaba sus dedos por su cintura y ascendía en busca de sus pechos.

—Nos... nos está mirando... No podemos. —Balbuceó Steisy terminando con un pequeño grito nervioso al sentir el leve mordisco de Joan en las costillas.

—Ha visto cosas peores. No te preocupes por él.

—¿A qué te refieres? —La voz de Steisy, y la forma en la que se alejó, fueron como una chuchería para mí.

—A que nos mira con la misma atención que miraría una mosca. No es un voyeur. —Respondió Joan tratando de quitarle hierro al asunto. Estaba dispuesto a decir todo lo que fuera necesario para poder meterse entre sus piernas.

—No es lo que parece. Ni siquiera se mueve, noto sus ojos sobre mí y... me siento rara. —Exclamó ella tapándose las tetillas. Para dos que tenía...

—Te digo...

Se me pasó por la mente como un rayo, fue como inspiración divina. Hacía tanto tiempo... Tuve que usar de nuevo la imaginación, aunque para ser sinceros estaba inspirado.

Me subí al sofá de un salto, ella desnuda y Joan tratando de alejarme. Sus ojos se abrieron asustados y me limité a demostrar que podía joderle todos sus polvos.

Cuando Steisy estiró las piernas para alejarme yo demostré una gran agilidad. Con las patas delanteras me aferré a su pierna derecha, desenvainando mi pequeño comencé a moverme contra su piel al tiempo que la imagen de Mimi, mi perrita impertinente, acudía a mi cabeza.

—¡¡Para, para!! ¡¡No lo hagas!! ¡¡Quietooo!! —La voz de Joan opacaba los grititos de ella.

Sentí varias manos tratando de alejarme, pero si en algo soy famoso es en fogoso. Una vez mi amiguito ha desenvainado debo terminar la faena.

—¡¡Joan!! ¡¡quítamelo, quítamelo!! —Steisy estiraba al máximo la pierna mientras se tapaba con la ropa que hacía poco tiempo se había quitado. Creo que en aquel momento habría dejado la pierna atrás, al igual que hacen las lagartijas cuando se ven amenazadas, y habría salido corriendo lejos de mí. Su cara era todo un poema, pero un poema de los buenos.

Lo cierto es que siempre me ha gustado tomarme mi tiempo, dicen que ellas disfrutan más; aunque yo lo hago para poder repetir. Por el hecho de velar por Joan, y su vida sexual, yo no me había convertido en un santo.

Es complicado mantenerse aferrado a una pierna húmeda y resbaladiza, eché de menos un par de pelos al menos para poder mordisquearlos. La idea de Mimi completamente calva era capaz de causarme escalofríos. Aquel tacto tan resbaladizo.... Lo cierto es que los seres humanos no saben realmente lo que es el sexo.

Muy a mi pesar diré que claudiqué. Joan tiene más fuerza de la que aparenta, es más, me apartó como se les hace a las gallinas; gritando, acuclillado, con el rabito colgando... Lo cierto es que traté de esquivarlo, sin embargo, tras dos intentos y su cara de enfado decidí retroceder.

Volví a mi camita desde donde seguí observándolos con la clara intención de no perder ningún detalle. ¡Qué se jodiera!

—¿Decías? Creo que si estuviera más salido me agujerea. —Exclamó de pronto Steisy estallando en carcajadas. —Debe tener a las perritas contentas.

—Supongo que nosotros no...

—Supones bien. Creo que con que me monte uno de los machos de la casa

es suficiente. —Contestó Steisy mientras se ponía las braguitas.

—Joder. —Joan se pasó las manos por el pelo nervioso y se vistió rápidamente. Vino hacia mí en dos grandes zancadas y agarrándome por la correa me llevó a la habitación del fondo. Steisy lo miraba sin abrir la boca, yo por mi parte lloriqueé todo el camino. Me agaché y dejé que el peso muerto de mi cuerpo le dificultase la tarea. —Manchas ayúdame en algo. Sé que no lo haces por joder, pero estás jodiendo, y mucho.

Steisy llegó hasta nosotros y tiró de Joan deteniéndolo. A escasos metros de verme encerrado ella lo abrazó por la espalda y lo besó en el cuello. Joan sonrió más tranquilo.

—Déjalo tranquilo. —La miré sin comprender muy bien por qué me estaba defendiendo. Cuando creía que iba a montar un buen jaleo se lo tomaba a risa e incluso bromeaba. —Creo que lo mejor sería irnos a camita y ver una serie.

—¿No hay opción de negociación? —Joan no se daba por vencido, según él, había cosas por las que merecía la pena luchar. Seguramente no me perdonaría tan fácilmente el coitus interruptus.

—¿No te da pena? Solo es un perro. —Miré a Steisy con cara de perros, lo cierto es que el cabrón que inventa estas expresiones no era un cerebritito. ¡¡La miré con la cara que me dio mi madre y muy cabreado!! ¿Solo es un perro? ¡Y ella solo es humana! ¿Ser un perro me convierte en gilipollas? ¿De verdad cree que no sé lo que estoy haciendo? Vale, me estaba defendiendo, era algo que tenía que tener claro. Cualquier argumento debía ser recibido a cambio de salir libre de una putada más, pero ese... ¿En serio?

Vale no pude. No pude hacerlo y gruñí ligeramente a modo de desacuerdo. Joan me miró frunciendo el ceño y Steisy se acercó.

—¿Quieres dormir con nosotros? —Steisy, Steisy... ¿ahora me hablas con voz de pito? Exactamente la misma voz que Joan le pone a los niños, solo les falta terminar con la palabra atontao. Atontado me quedo si me hablan de esa manera, aparte el dichoso timbrecito que me perfora los tímpanos.

—¿Estás de broma? —Le preguntó Joan mientras la miraba con los ojos abiertos de par en par. Yo en medio, me preguntaba cuál de los dos estaba más fumado. Sí, he aprendido muchas cosas en la tele. A mi humano también le gustaba fumar de vez en cuando y... lo cierto es que cuando yo respiraba, sin querer, aquel humo también me sentía ligeramente cambiado. Un cambio casi imperceptible, liviano, agradable.

—Me gusta dormir con quien...

—¡Déjate ya de bromas! —Exclamó Joan algo molesto. Steisy le quitó el

collar de los dedos mientras introducía su lengua en la boca de Joan. Se besaron, vale eso también sé decirlo, eso y que las manos de Joan ya volaban rumbo al sur de la anatomía de la joven. Cualquier excusa servía para intentar convencerla. Ella tampoco se oponía con vehemencia.

—Vale, vale. —Dijo, bueno jadeó más bien apartándolo. —Podemos dejarlo en un término medio. Nosotros a tu cama de semental y él a la suya. Cerramos nuestra puerta y tal vez te deje investigar sobre anatomía.

—Esa propuesta es muy interesante.

—¿Solo interesante? —Preguntó Steisy señalándolo y sonriendo coqueta.
—¿Solo interesante?

—Depende... ¿Hasta dónde podré acceder? Soy bastante aplicado en ciertas materias y si quieres enseñarme algo nuevo deberemos usar, ante todo, la imaginación.

Cuando me vi libre, corrí hacia mi camita y los vi entrar en el dormitorio. Podía escuchar las risas, el juego, ese prelude alegre que anticipaba un final feliz; sin embargo, yo me sentí triste. No me gustaba que Joan se enfadase conmigo, ni, aunque solo fuera un minuto. Por algún motivo saber que lo decepcioné me jodía, pero tenía que recordar que lo hacía por él, aunque Joan no se diera cuenta. Yo lucharía por su felicidad, la real y duradera, siempre. Yo le protegería aun cuando él no se hubiera dignado a darme las buenas noches.

Nuestras buenas noches habían sido una costumbre agradable, sobre todo cuando era un cachorro bonito y achuchable. Aquellos días recibí más mimos y atenciones que nunca, pero no me quejo, jamás lo haré pues Joan siempre está ahí cuando realmente lo necesito.

¡Qué desagradable es, sin embargo, dormir sin sus buenas noches! A pesar de que ya no es la primera vez, nunca podré acostumbrarme.

Capítulo 12

Era de madrugada cuando lo vi salir del cuarto. Arrastraba los pies y apenas tenía los ojos abiertos. Iba a trompicones por el pasillo, medio sonámbulo, y con la vejiga llena. Aunque no se diera cuenta él también era un animal de costumbres, sin embargo, no las tenía tan ejercitadas como yo y no siempre era puntual.

En aquellos momentos podías llevarlo a la habitación que quisieras. En una ocasión a puntito estuvo de orinar en la cocina.

Su cerebro, entre la consciencia y el otro mundo, tenía el camino memorizado. Sus músculos sabían cómo moverse en cada momento, pero si algo fallaba, si debía desviarse por cualquier motivo se convertía en un niño muy sugestionable.

¿A qué me refiero? Pues que la primera vez me crucé en su camino sin querer. Yo quería beber algo, él se adelantó media hora. Me crucé, él tropezó, y en su busca por volver a localizar el camino correcto pegó un cabezazo, digno de mención, contra el marco de la puerta de la cocina. Un pequeño giro y un gran chichón, lo peor no fue eso, sino que ni siquiera se enteró. Siguió caminando y buscando, a la mañana siguiente no hacía más que quejarse del dolor de cabeza, en aquel instante me pregunté si el golpe le había dañado alguna neurona importante y se había quedado tonto.

Es complicado, pero a base de prueba y error he pulido la técnica. Ahora soy capaz de llevar a Joan a donde quiera. Lo voy guiando, me coloco ante él haciendo de tope y cuando choca conmigo su cerebro lo relaciona con una pared. Es doloroso, he llevado algunas patadas en zonas demasiado tiernas, pero cuando lo vi mear en una esquina como yo, acto del cual a la mañana siguiente me culpó, supe que había merecido la pena.

A partir de entonces, y dependiendo de cómo se hubiera portado aquel día, velaba o le jodía su meada. Una meada peligrosa en cierta manera, pero nunca lo dejé huir de nuestro pisito de soltero.

¿Qué pasaba por mi mente en aquel momento? Tengo un juguete puntiagudo, de esos que puedes roer hasta que los dientes están afilados como cuchillas. Yo mismo lo había roto por varios sitios.

Es fácil calcular la zancada de un hombre, en mi mente podía dibujar todos

los pasos que daría Joan, y no fallé. Coloqué el juguete en su sitio y esperé. Dicen que no hay que despertarlos, pero corrí a mi camita y me hice el dormido.

—¡¡Joder!! —Gritó en medio de la noche. Su voz rebotó contra las paredes, como si fuera el único que seguía despierto a aquellas horas en todo el mundo. A nuestro alrededor reinaba el silencio más absoluto.

Me levanté de un salto y me acerqué. Él daba saltitos mientras acariciaba uno de sus inmensos pies. Pasé de oler aquella cosa putrefacta y me senté a su lado.

—Tienes que tener más cuidado con tus cosas. —Me dijo mucho más bajo, por su tono supe que no estaba enfadado, no tanto como pretendía hacerme creer. —¿Sigues despierto chico? —Se agachó y me acarició la cabeza. Yo generalmente soy un tío duro, pero llevaba demasiado tiempo sin sentir su cariño y me lancé sobre él. Le besé la cara y acepté de buen grado sus achuchones mientras sonreía. —Eres todo un grandullón. Cada vez pesas más. —¡Qué me lo dijera él! Lo mío apenas era una barriguita de felicidad. Si me dejaran correr más por el parque me desharía de cada gramo de grasilla. —Siento que estos días te tenga medio abandonado. —Ladré con suavidad aceptando sus disculpas. Le perdonaría siempre porque yo era el único que siempre estaría ahí y me gustaba recordárselo. Lo apoyaría incondicionalmente y lo menos que esperaba era que no me amenazara con algo tan brutal como la castración. Si pudiera entenderme en aquel instante le habría explicado un montón de motivos por lo que eso me parecía aterrador y cruel.

Me limité a darle besos y tirarme contra él. Sin embargo, pronto se alejó para correr al servicio. Puede parecer una tontería, pero saber que me quería, que seguíamos siendo amigos me tranquilizó lo suficiente para volver a mi camita y reencontrarme con mi Mimi especial. En mis sueños Mimi siempre hacía todo lo que yo deseaba, lo cierto es, y me costó mucho reconocerlo, que me gustaba mucho más la Mimi real y por eso, en cada vez más ocasiones, apenas se podía distinguir la una de la otra y yo estaba muy jodido en ambas situaciones.

Capítulo 13

Siento la debacle de mi mundo. El paso de los días se acumula en mi cuerpo, o tal vez tan solo sea una pereza inmensa. El resumen es que cada día me cuesta más levantarme.

Me estiré a regañadientes y fui a recibir el día a los brazos de Joan. Me gustaba estar ahí, aunque Steisy ocupaba demasiado espacio. Para ser tan pequeña, su pelo se esparcía como una manta a su alrededor, y tenía las piernas abiertas como si tratase de expandirse como una hiedra a su alrededor. Joan estaba recluso a diez centímetros cuadrados, en posición fetal, y totalmente quieto.

Salté sobre la cama y sin pararme a pensar planté mis posaderas sobre parte de la cabellera y de la cabeza de la damisela. Ella abrió los ojos y se quejó al instante, Joan también se despertó rodeado de sonidos raros, pero por más que Steisy me empujó dejé que mis posaderas se restregasen a su gusto por el rostro de la princesa. Es agradable que te rasquen el culote, aunque sea sin querer.

Al final logró apartarme y Joan me recibió en mi abrazo mañanero. Miré a la Steisy sin saber si realmente era la misma persona. Su piel ahora estaba marcada por algo negro que se extendía sin control, sobre todo bajo sus ojos. Inspiraba miedo.

—Bonitas vistas para despertarse. —Dijo ella mientras cerraba la boca con rapidez. Sí, yo también pude apreciar su aliento rancio, fétido, asqueroso.

—Creo que Manchas ya te ha aceptado como parte de la familia. —Añadió Joan risueño. Yo dejé que mi cuerpecito se metiera entre ambos y, sin querer, mis grandes patas al tratar de acomodarse fueron echando a Steisy de la cama hasta que fue ella la que acabó en una esquinita.

—¿Tú crees? —Steisy se levantó y se encerró en el baño. Algo que aprendí hace mucho tiempo es que ni con esas, pues a las mujeres les gusta hablar, narrar con pelos y señales todo lo que pasa por sus mentes. A gritos Steisy siguió parloteando tras la puerta. —Quizás podríamos dar un paseo y desayunar por ahí.

—¿Desayunar? Son las dos de la tarde. —Gritó Joan de vuelta dejando mi pobre oreja dolorida. Le lamí la cara con extra de babas, algo que sabía que le

agradaba con la misma intensidad que le molestaba. Cuantas más babas pusiera más carita de asco ponía.

—¿Y qué propones?! —Joan sonrió y me guiñó un ojo. Lo miré sin llegar a comprender muy bien lo que ocurría cuando se levantó, diré qué en varios sentidos, y corrió a encerrarse también al baño.

Yo me acerqué también, no quería que les pasara nada malo. Simplemente me preocupaba por ellos. Las risas, los gemiditos quedos...

—Nos va a oír. —Susurró Steisy.

—Deja de comportarte como si fueran nuestros padres y estuviéramos haciendo algo malo. —Contestó Joan mientras ella soltaba otra risita más.

—Lo cierto es que es así como me siento y me pone a cien.

—Uff. ¡¡Manchas!! ¡¡Manchas vamos a hacer cochinadas!! ¡¡Manchas!! — Sus gritos hicieron que separara la oreja de la puerta. Podía haber avisado...

—Shhh. Calla. —Por la última palabra y la entonación diría que Steisy ahora tenía la boca ocupada y que estaba en plena lucha cuerpo a cuerpo. Sus palabras sonaban cada vez más debilitadas. —¡¡Oh Dios!!

—Deberías dejar de hacer tanto ruido cariño. —Gruñó Joan. —No quieres que sepa lo que estoy a puntito de hacerte. Tengo tantas ganas de sentirme guarecido...

—Eres un cerdo. —Dijo ella. Lo era, lo era, después de todo lo que estaba escuchando puedo dar fe. —Quieto. —Algo había caído y ella comenzó a gemir. Es interesante la de detalles que puedo averiguar por los sonidos. Oía el golpeteo, su voz amortiguada por algo y los gruñidos de Joan, un mix inequívoco.

Me estiré y tenté los músculos. Empecé a arañar la puerta para ir incrementando los ruegos. Lloré y puse todo mi empeño en aquella puerta. Arañé incansable, como loco, haciendo el mayor ruido posible.

—¡¡Manchas vete!. —¿De verdad Joan creía que le iba a hacer caso? ¿No quería sentirse espiado? Esperaba que se le cortara la corrida y se quedara dolorido. Mentar mi nombre en un momento tan sucio...

—No pares. —Qué rápido se le olvidaba a ella que le daba vergüenza. Tuve que contenerme para no echar la puerta abajo. Al menos espero haber hecho que redujera el tiempo a la mitad, eso o se habían quedado muy cansados a la noche. No es por fardar, pero yo duro mucho más, sino fuera porque Joan se pone como loco cada vez que lo intento, el cabrón es un hipócrita, me pasaría las tardes en ello. Hay veces que cuando huelo a las perritas, en concreto a mi Mimi, que no puedo evitarlo, es superior a mí.

Vale, ¿qué hacer cuando aún con la gomita y su colita a medio hacer abre la puerta de golpe? Salir por patas. Corrí como loco y con la lengua fuera. Él volvió sobre sus pasos, o eso vi al mirar hacia atrás. Steisy tenía unas extrañas marcas rojas en los pechos.

Al menos debería haberme dado las gracias, si Steisy se dejó fue porque le gustaba que yo escuchara. Si en el fondo muchos de los ligues los conseguía gracias a mí, si me vierais, hay algo que atrae a las féminas.

Capítulo 14

Y a vestiditos y preparados me senté a esperar. Steisy gateaba prácticamente por toda la casa en busca de sus zapatitos. Revisó zonas que era mejor no mirar, a mi favor diré que tengo pocos escondites. En varias ocasiones me miraron, pero por mucho que lo intentaran no podrían sonsacarme nada, incluso, con voz de estúpidos, me pidieron que los localizara. ¡Steisy hasta levantó el pie en mi dirección! Supongo que pretendía que se lo olisqueara.

—Has sido tú, ¿verdad? —Miré a Steisy a los ojos y le lamí la cara. Ella esbozó una media sonrisa y se sentó a mi lado sobre el suelo. —¿Dónde coño los has metido? No puedo salir descalza. —Cierto, los pies humanos no son tan resistentes como los míos. Mires por donde los mires son mucho más defectuosos y, a pesar de eso, creen estar en la cima evolutiva. Yo, sin embargo, he educado a mi Joan para que recoja mis caquitas, limpie mis cosas y me haga la comida, si hay alguien superior en aquel piso no eran ellos. A veces callar te hace más sabio e inteligente.

Al final, y tras probarse las barcas que tiene Joan como zapatos, acordaron que los machitos de la casa bajaríamos a comprar calzado femenino. Antes de salir por la puerta miré los pies de la muchacha sin comprender qué tenía de malo caminar descalza. Ya no hacía tan mal tiempo y limpiaban las aceras todos los días, incluso era agradable, pero la idea no salió a coalición y yo no iba a decir nada al respeto.

Me vi con la correa y recorriendo tiendas. Todas me parecían iguales, llenas de trastos inútiles y con formas extrañas. Tenían diferentes complementos y notaba que no era el único que se sentía tan perdido.

—¿Cómo pretende que elija? —Dijo Joan mientras escribía de nuevo por su teléfono. Mandó varias imágenes, pero según sus propias palabras ella les ponía pegas a todos. Para querer unos simples zapatos era muy exquisita.

Al final entró en la que quedaba sin revisar en aquella calle, señaló un par al azar y dimos por concluida nuestra tarea. La de la tienda, aparte de poner mala cara al verme entrar con Joan, no dejaba de coquetear proponiéndole entre otras cosas probarse ella los zapatos. No tengo ni idea de qué tipo de extraño fetiche creía que tenía Joan, pero la joven tenía pensado aprovecharlo

al máximo. Sus ojos tenían tics extraños y las manos de la chica aprovechaban la más mínima oportunidad para tocar el brazo de Joan.

—¿Seguro que no quieres nada más? —Preguntó la dependienta mientras guardaba los zapatos en una gran bolsa de plástico. Yo, si hubiera sido Joan habría pedido un par de chuletones y hamburguesas, él levantó la ceja derecha y sonrió de medio lado, dejó un par de segundos y dijo con voz grave.

—No por el momento. —Miré a Joan preguntándome a qué jugaba, pero contuve mi gruñido. Ella casi partió su cara en dos al sonreír, lo cierto es que, porque había un mostrador entre ambos y, la que debía ser su jefa la miraba desde la esquina con cara de malas pulgas, sino habría montado a Joan allí mismo.

Salimos de la tienda, uno más contento que el otro. Joan, en cierta manera, era como una mujer. Se sentía halagado y se engalanaba durante horas para dejarlas a todas embelesadas. Horas de gimnasio, cremas antiarrugas y comida sana. El pobre creía que conseguiría mantenerse siempre así y cada mañana despertaría con una mujer diferente entre las sábanas. La realidad, por mucho que él no fuera consciente, es que llevaba repitiendo con la misma bastantes días y seguía disfrutando como el primero, pero hasta yo sabía que cuando las piezas se unieran en su mente correría asustado, yo lo único que tenía pensado era acelerar un poco las cosas para minimizar el golpe.

Lo cierto es que ya me creía salvado, sin embargo, en nuestro camino de vuelta a casa algo llamó la atención de Joan. ¿Es que acaso el señor que limpiaba las calles no había visto los zapatos? Por lo visto alguien, muy gentilmente, los había colocado sobre uno de los bancos que había frente al portal.

Traté de que pasásemos de forma que Joan no los viera, incluso levanté el lomo en una postura rara e incómoda, pero para lo que quería el cabrón era muy fino y me pilló. Lo cierto es que sonreía, supongo que no estaba del todo convencido.

—Sería una casualidad, ¿Verdad? —Dijo parándose al lado de la prueba del delito. —Porque para ti sería imposible lanzarlos por la ventana, además sabes que no se pueden coger los zapatos de nadie, ¿no? —Lo miré con los ojos abiertos y la lengua saliendo por el lado derecho. —Yo tampoco soy un experto en zapatos, apenas le he mirado los pies y no querría meterme en problemas al equivocarme. —Susurró mientras se pasaba la mano por la mejilla. —Podemos dejarlo en empate, aunque me gustaría saber por qué la molestas tanto. Si te sirve de algo solo va a quedarse unos días. —Es extraño

como cuando lo dijo la venita de su frente se hinchó, su cuerpo se tensó, aunque siguiera sonriendo algo iba realmente mal.

Seguimos rumbo a nuestra casa, después de que Joan se deshiciera de las pruebas por mí, aunque he de reconocer que no era la primera vez que lo hacía. En cierta manera éramos como cómplices de jugarretas, aunque antes él disfrutaba mucho más. Me habría gustado hacerle muchas preguntas, pequeños detalles sin sentido que había apreciado los últimos días, pero que empezaban a tomar forma.

Capítulo 15

E stábamos de paseo. Atravesamos media ciudad mientras Joan iba de su mano. Se acariciaban y hablaban entre susurros. Se acercaban una y otra vez, olvidando en ocasiones que yo estaba con ellos y que iba de una correa muy corta.

—Ohh. Lo siento Manchas. —Vaya si lo sentía, casi me asfixia al envolverla con los brazos para un beso “más profundo o de inmersión” como decía él. Y es que tenía todo un diccionario de términos y no era la primera vez que escuchaba las técnicas de ligoteo que usaba, explicada con pormenores con los amigos. Lo que ellos no sabían es que cuando una mujer le gustaba de verdad apenas era capaz de hablar, Joan perdía la facultad de pensar y se convertía en un títere sin personalidad. Al final era puro postureo. —¿Quieres correr un poco? —Y sin más me dejó libre. Ellos se tumbaron sobre la hierba como dos salidos, depravados o exhibicionistas. ¿No comprendían que no todos querían ver sus muestras de amor?

—¡Ei! ¡Chaval! ¡Cuánto tiempo! —Cuando oí su voz me giré de golpe. Hacía días que Sansón, un gran rotwailer negro, no pisaba aquella zona. Verlo, tan delgado y envejecido, me dejó en shock y corrí en su busca. Su ladrido siempre había sido muy potente y estaba más lejos de lo que podría parecer.

—¿Y tú? Pensé que no volvería a verte. —Ladré contento olisqueándolo. Había algo que no me gustaba, pero no sabía decir lo qué.

—Es posible que sea la última vez. —Miró al fondo, su dueña estaba sentada en un banco mirándonos directamente. Estaba seria y eso contrastaba con la imagen que tenía de ella. —Estoy cansado. —Suspiró mientras se tendía sobre la hierba y dejaba que el aire meciera su pelo con suavidad. Sus ojos se cerraron y escuché su respiración, era demasiado superficial.

—¿Por qué dices eso? En nada las perritas estarán. —Salté sobre él instándolo a echarnos unas carreras, pero en aquella ocasión él no se movió en absoluto y me retiré preocupado.

—He oído decir a mi dueña que me muero. —Al oírlo me quedé de piedra, no podía mover ni un solo músculo, él sin embargo parecía tranquilo. Sus ladridos eran suaves, demasiado cansados. —Ella no deja de llorar. —Me senté a su lado y apoyé el hocico en su barriga. No podía ser verdad, él había

sido mi primer amigo, él era como un hermano para mí.

—Seguro que es una indigestión. Los humanos no tienen ni idea. Una vez Joan pensó que me moría y estaba podrido por un poquito de caca en las paredes. —En parte buscaba que se riera, aún recordaba lo bien que se lo había pasado el año pasado cuando se lo conté. Sansón gimió con suavidad.

—Me duele. Es un dolor constante que me va quitando el aire con lentitud. No puedo más muchacho.

—Seguro que se puede hacer algo tío. Yo también me sentí así aquel día, la mierda salía a propulsión y apenas me tenía en pie, pero aquí estoy. Deja de ser tan pesimista. —Ladré molesto. No podía dejarse vencer con tanta facilidad.

—Ya lo he aceptado. —Sansón se incorporó y me miró a los ojos. Pude ver su determinación, él siempre había sido un perro de ideas claras. —Es Liane la que me preocupa. No deja de llorar y no quiero dejarla así. —Suspiró y se detuvo como si cada ladrido fuera un suplicio. No quise preguntarle, con demasiado miedo a la posible respuesta.

—Los humanos pueden curarlo todo. A mí me han llevado dos veces al veterinario y aunque es un cabrón y hace algo de daño es muy listo. —Solté yo sin creérmelo realmente. Su cabeceo me preocupó. Apenas conseguía mantenerse erguido y se dejó caer de nuevo sobre la hierba. Su pelaje había dejado grandes calvas y me sentí incómodo evitando mirarlas.

—Manchas necesito descansar. Lo necesito de verdad. —Cuando lo escuché temí que aquella fuera la última vez que lo fuera a ver. Me pregunté por primera vez en mi vida cuánto tiempo me quedaba, y qué quería realmente. Aparté aquellos pensamientos para volver a centrarme en él. Éramos amigos, quería animarle, hacerlo sentir mejor, sin embargo, no tenía ni idea de qué podía decir. Sus ojos estaban centrados en Liane. —Me duele dejarla sola, ella siempre ha estado apartada de todos, como si temiera cruzarse con alguien que pueda conocerla de verdad. Es demasiado buena, no quiero que siga sufriendo. —Sansón se tambaleó tratando de ponerse en pie y dejé que se apoyara en mi lomo. Lo sostuve como pude y caminamos juntos rumbo a ella. Liane tenía lágrimas en los ojos, estaba sentada y se incorporó al ver cómo nos acercábamos. Caminó despacio hacia nosotros y cuando estuvimos a pocos centímetros abrió los brazos. Sansón se lanzó contra ella y reposó todo el peso de su cuerpo en Liane.

—¿Sabes cuándo? —No pude terminar la frase. —¿Sabes cuánto te queda?

—Ella ha pedido cita mañana con el veterinario. Me quedo allí y ella

volverá sola a casa. No ha dejado de llorar en dos días. —Exclamó Sansón mientras lamía la cara de Liane. Observé a la muchacha y sentí su dolor. Yo también echaría de menos a aquel grandullón cascarrabias. —¿Puedes prometerme algo? —Enmudecí incapaz de responder. ¿Qué podría hacer yo por ella? Ni siquiera sabía si volvería a verla por aquel parque, yo estaba supeditado a los deseos de Joan. —Prométeme que si tienes la oportunidad no la dejarás sola. Ella se merece ser feliz. —Bajé la cabeza, di dos pasos alejándome con lentitud.

—Jamás la dejaré sola. —Estaba prometiendo algo que ambos sabíamos que probablemente no podría cumplir, pero necesitaba con todas mis fuerzas reconfortarlo.

Me alejé con tristeza y volví a los pies de Joan, sin ganas de correr o jugar. Demasiado conmocionado, sin creermelo que algo que yo creía seguro había desaparecido. Sin embargo, Joan no me entendería, por más que en aquel instante necesitase su abrazo y sus caricias no tenía forma de acercarme a él y pedirselos.

¿Era cosa mía o hacía más frío? Nadie parecía darse cuenta, seguían corriendo, riendo, disfrutando sin percatarse de que algo horrible estaba pasando. Nadie parecía ver las lágrimas de Liane ni que Sansón estaba disfrutando de las últimas horas de vida.

Vi llegar a Mimi, pero ni me acerqué. Joan seguía con la lengua en la boca de Steisy y ella se removía con cosquillas bajo él. Desprendían calor y olores demasiado fuertes. Tras dos ladridos fuertes por mi parte sin respuesta opté por la opción B.

Levanté la pata trasera derecha, apunté con precisión y les meé la espalda. Por extraño que parezca aún tardaron en darse cuenta, aunque en aquel momento me la sudaba que supieran que fui yo. Me quedé esperando pacientemente a que aquellos dos cerebritos salidos se dieran cuenta de que estaban cubiertos por aguas amarillas. Mi intención, ni de lejos, fue marcarlos.

—¿Qué es... qué es esto? —Preguntó Joan mientras despegaba la camiseta de su cuerpo. Lo miré con tranquilidad, a este muchacho hay que darle su tiempo para procesar la información. Si alguien me preguntaba, la edad no lo había espabilado. Esperaba que al menos no tuviera la bragueta bajada.

Steisy se sentó sobre la hierba y se miró el vestido. Sus labios estaban algo hinchados y tenía los ojos brillantes. La miré odiándola, cansado de que reclamase todo el tiempo de mi humano, de que no fuera capaz, al menos, de acercarse a mí y fingir que también me quería.

—Hace calor. —Dijo Steisy mirando a Joan bailar y escurrir la camiseta. Lo cierto es que pocas veces tenía tanta cantidad, pero aquella mañana no había descargado todavía. Joan me miró, había atado cabos.

—Sí, Manchas siempre ayudando. —Añadió Joan, sonreía, bueno lo intentaba. Aquella mueca daba escalofríos.

—A mi apenas me ha salpicado. Creo que no me quiere tanto como a ti. —Steisy me miró y se acercó gateando por la hierba. No me gustó verla a cuatro patas y la miré sin comprender lo que pretendía.

—¿Quedaría muy mal si me la quito? —Preguntó Joan mientras levantaba la ceja. Steisy se mordió el labio y se relamió. Creo que le costaba retener la saliva en la boca, sino no entendía nada los hábitos humanos.

Miré el suelo cansado. Al menos el calentón de Joan hizo que no se enfadase, y si lo estaba no lo parecía.

Steisy estaba muy cerca, me acarició la cabeza, un gesto sencillo que en aquel momento me hizo llorar. Ella me miró y siguió acariciándome. Joan también se acercó, puede que, movido por la curiosidad, pero ahora yo era el centro de sus miradas.

La odiaba, cierto, sin embargo, me acerqué todavía más y dejé que mi cabeza descansase en su hombro. Ella olía bien y era cálida, sus manos me acariciaron y yo me dejé hacer.

—¿Ocurre algo pequeño? —Me preguntó Steisy. Su voz había cambiado, ahora era dulce, más ronca. Noté preocupación en su tono.

—¿Qué le va a pasar? Este alcorcho solo está preocupado por lo que hizo para que no lo castigue. —Bufó Joan. Después se rio con un rebuzno, bueno así fue como lo percibí yo. Tuve que recordar por qué lo quería tanto y contar hasta cinco.

—Le pasa algo. —Contradijo ella. Me dio un beso al lado de la oreja, dejando un pitido tras su muestra de cariño. No se alejó, siguió a mi lado sin voltearse siquiera hacia su amado. —¿Nos vamos a casa? —Sabía que no podía entenderme, que ella no vería el dolor tan profundo que sentía ni la sensación de impotencia que no lograba quitarme de encima.

Estuve varios minutos tratando de serenarme. Generalmente las cosas se me olvidan a los cinco minutos humanos, lo cierto es que la vida está para disfrutarla, pero vivir la muerte desde tan cerca era diferente. Tenía la cara de Sansón grabada en mi mente y no lograba olvidar lo que había dicho, él solo se preocupaba por su humana, por el dolor de ella, olvidando por completo que era él el que iba a desaparecer.

Miré a Joan, caminando a mi lado mirando todo el rato a Steisy, completamente embelesado. ¿Él también lloraría por mí? Dudaba que su mundo se tambalease de aquella manera por mí, ¿no me lo merecía? Poco importaba, cada persona tenía unas prioridades diferentes y las de Joan eran las piernas humanas y su centro.

—¿De verdad prefieres quedarte en casa con él? Manchas está acostumbrado y disfruta de tener la casa para el solo. —Lo miré, Joan últimamente estaba sembrado.

—Lo prefiero. Una noche tranquila con mis dos hombretones. —Añadió ella. La miré al darme cuenta de que uno de los hombretones de los que hablaba era yo.

—No era eso lo que tenía en mente. Aunque espero tener al menos un final feliz. —Estábamos en medio de la calle, pero aun así trató de meter la mano bajo la camiseta de ella.

Capítulo 16

Era de noche. Joan había pedido comida por teléfono, ese aparatito mágico que puede conseguir todo lo que deseas. Steisy miraba la película y yo, por extraño que parezca me había tumbado sobre sus piernas y disfrutaba de un masaje por su parte.

No la había aceptado, pero se estaba aprovechando de mi tristeza. Sus manos eran reconfortantes y mi humano había aprovechado para ducharse, eso fue lo que dijo él antes de encerrarse en el baño.

El teléfono, ese mágico aparatito... Vibró sobre la mesa, no una, sino seis veces. Steisy pasó de él las primeras veces, pero al final le pudo la curiosidad.

Su cara fue mutando, cambió con lentitud, releyó dos veces lo que aquella pantallita decía y se levantó triste.

Me escurrí de sus piernas, quería retenerla, pero algo en su rostro me hizo detenerme. No hice ruido, la observé recoger las pocas cosas que había ido dejando diseminadas aquí y allá, con los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

No me gustó verla así, la miré y después la puerta cerrada tras la que Joan, sin ser consciente de nada, seguía duchándose. Vi la duda en la muchacha, como si le doliera alejarse y una parte en su interior le costase creer que lo que había visto en aquel aparatito pudiera ser verdad.

Se sentó en el sofá con el teléfono entre los dedos y lo leyó en voz baja. Mi oído era fino y no necesité acercarme.

—El otro día me lo pasé genial. Espero que la próxima vez podamos hacerlo en una cama. Tengo mucha hambre. —Las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos se desbordaron. Para ella aquellos encuentros había significado mucho y se rompió ante mí. Me acerqué sin saber muy bien qué hacer. ¿Qué coño pasaba aquel día? Ella me miró con el rostro contraído, apoyé la cara en su regazo y me acarició mientras lloraba en silencio, como si temiera que la puerta del baño se abriera y Joan fuera a aparecer en cualquier momento. Su alegría se había evaporado. —Tengo que irme. —Me apartó con suavidad, yo no quería que se alejara, no de aquella forma, pero ella no claudicó. Se levantó y se quedó de pie en medio del salón, como si estuviera decidiendo que hacer. Antes de salir me besó la frente, se quedó en la puerta y

cerró con suavidad a su espalda.

Miré el salón vacío y recogí el teléfono. En aquel instante el del restaurante aporreaba la puerta con fuerza. Joan gritaba desde el baño, pero visto que Steisy no respondía decidió salir envuelto, bueno parcialmente, en una toalla rosa.

Dejé el teléfono bajo la cama y me tumbé en mi propia camita. No quería acercarme, miraba a mi humano sin comprender cuándo aquel joven cariñoso y atento se había convertido en alguien tan estúpido, egocéntrico y despistado.

Recordé al adolescente que llegaba para correr a jugar conmigo, que dormía a mi lado cuando estaba enfermo o que siempre me subía al sofá para darme mimos mientras veía la tele. Poco a poco ese adolescente se había convertido en un hombre, pero no estaba seguro de que me gustase el cambio. ¿Dónde estaba el muchacho que me había recogido de la perrera y me había ayudado a mejorar?

Os preguntaréis por qué sigo a su lado, por qué pase lo que pase lo apoyaré, aunque sepa que se equivoca, porque mi amor es incondicional, bueno eso y porque fueron sus ojos los primeros que me miraron con amor, porque él se convirtió poco a poco en mi hogar y por muy imperfecto que sea en ocasiones los buenos momentos lo compensan. Sé, aunque se comporte como un imbécil, que mi humano tiene un gran corazón. Temo, sin embargo, que cuando se dé cuenta de su error será demasiado tarde. ¿Por Steisy? No, aunque debo reconocer que tengo cierta molestia en el estómago por culpa de esa muchacha. Tal vez sean remordimientos, aunque yo siempre he sido un macho bastante decidido y tampoco he sido especialmente molesto...

Joan buscó varios minutos a la mujer, y finalmente su teléfono. Al final lo encontró, pero le dio tiempo a Steisy para tranquilizarse. En el fondo yo también tengo mi corazoncito.

—Steisy, cógeme el teléfono por favor. —Joan hablaba en automático, era la tercera llamada, pero ella no descolgaba el teléfono. Joan ya sabía, o intuía lo ocurrido, pero él nunca se había detenido por nimiedades como aquella. Os sorprenderíais de las mujeres que tras una disculpa lo perdonaban, creyéndose promesas vacías. —¿Steisy? Hola... sí... si me dejás explicártelo...

—No quiero volver a verte. —Ella no gritaba, su voz era plana, no mostraba emoción alguna, aunque yo estaba convencido de que por dentro estaba rota.

—Quiero verte, dame la oportunidad de explicarte.

—Nada de lo que digas tendrá sentido. Sé lo que ha pasado y ya no confío

en ti. - La confianza de la que ella hablaba era algo imprescindible, ya podía comprenderla mejor que nadie. En aquel momento supe que echaría de menos a Steisy, en el fondo no tenía ninguna queja de ella, pero aquel momento iba a llegar de una u otra manera. A Joan, las mujeres, debían disfrutarlo como un pastelito, una sola vez, nada de repetir.

—Tampoco teníamos nada serio. Si quieres que tengamos exclusividad. — Miré a Joan con pena. Debía estar contento por la elección tan absurda de palabras, solo le faltaba mandarla a la mierda. Que ella le colgase el teléfono aún lo sorprendería.

Joan lanzó el teléfono contra la mesa y dio varias vueltas. Al final optó por llamar a un amigo, al gilipollas de siempre, que le daba la razón como a los tontos. Le habría ido mucho mejor si no le hiciera caso, pero son sus errores... ¿Cuál le tocaba ahora?

Capítulo 17

Dos gilipollas en una sola habitación. Vale, estaba algo triste y gruñón, pero es que solo había que verlos. Concentrados en aquel partido de fútbol, con un montón de humanos corriendo detrás de una pelota y ellos gritándole a la televisión. ¡Si hasta yo sabía que no iba a contestarles!

La llegada del descanso fue gratamente recibida por mis oídos. Las cervezas habían bajado con rapidez entre ambos, eran como esponjas y aunque ellos estaban convencidos de que eran inmunes, algo de lo que parecían estar super orgullosos, lo cierto es que sus palabras sonaban fangosas y se les trababa la lengua.

—¿Y Steisy? ¿O era Dana? —Preguntó el cerebritito, comúnmente llamado Lenny.

—Steisy. —Contestó Joan entre dos tragos. —Se enteró de que me tiré a la morena el otro día.

—¿A la morena? ¿La que me gustaba a mí?

—¡Pero qué dices fantasma! ¡Si no te miraba ni borracha! —Gritó Joan entre la euforia y la tristeza. —Tenía un polvazo, pero me ha jodido a base de bien. Al menos ahora podré repetir sin remordimientos.

—¿Tú remordimientos? —Preguntó Lenny sin llegar a creerse, al igual que yo, que Joan hubiera dudado, aunque fuera por un solo segundo.

—No sé qué decirte, Steisy tiene algo. Es divertida, sensual, hermosa y... joder y es increíble en la cama. —¿Podría ser verdad el brillo de sus ojos al hablar de ella? ¡Venga ya! Por muy buena que fuera, ¿qué podía tener ella que la diferenciara de las otras? Al menos esperaba que fuera una chica lista y no se dejara embaucar de nuevo, por el bien de ambos. —Ahora no quiere ni verme.

—¿Te extraña? —Lenny se rio a carcajadas, atragantándose con su propia saliva.

—Me extrañaría lo contrario y creo que por eso aún me gusta más. —Joan dio otro largo trago, terminándose la botella, antes de continuar. —Pero hay muchas más en el agua, no voy a dejar que me aten tan pronto.

¡Que de mentiras puede decir la boca de un humano! Yo tenía palco preferencial para todas las del mío.

Joan sudaba a pesar de que hacía algo de frío, Lenny no era consciente de nada, miraba la televisión y hacía bromas de mal gusto, pero Joan se había ido alejando poco a poco de él. Su mente volaba lejos, y sus ojos se habían quedado fijos en la pared del fondo.

—Ella me odia. Debe estar jodida y yo soy un impresentable.

—Venga Joan, ya sabías que esto pasaría. —Lenny ni siquiera quitó los ojos del televisor.

—No la merezco. —Dijo Joan sin escuchar a su amigo, lo dijo para sí mismo. —Pero me gustaba estar con ella, ahora que se ha ido no puedo alejarla de mi mente. —Suspiré cansado. A Joan le gustaba lo difícil, la seducción y el juego que había en el coqueteo, ¿seguiría pensando igual si ella llegaba a perdonarlo? ¿De verdad no podía dejarla marchar?

—No sería la primera vez que consigues que una mujer acceda y ella es como todas las demás. De verdad tío, no dejes que te eche las redes. —Joan se levantó, cogió sus llaves y se largó del piso dejándome con Lenny, que apenas si se percató de que ahora veía el partido solo.

No necesitaba ser un genio para saber que había ido a buscar a su doncella, a decir las mismas frases que había escuchado en otras ocasiones. Era como ver una película repetida de nuevo, aunque en aquella ocasión deseé que fuera diferente, ver el cambio que tanto tiempo llevaba esperando.

Ver a Lenny fue como ver una versión más bruta e inconsciente de Joan. Atractivo y patán, una descripción completa de aquel individuo, que sin embargo, me recibió con los brazos abiertos y me dio mimos durante las dos horas que Joan tardó en volver.

He aprendido que los seres humanos son complejos. Un lado bueno y otro malo, siempre un gris más claro o más oscuro, pero un gris, al fin y al cabo.

Corrí a la puerta al sonido de la llave. Joan estaba cabizbajo, supongo que no se le había pasado por la cabeza no conseguir convencerla. No estaba acostumbrado a recibir una negativa.

—¿Y bien? —Dijo Lenny completamente borracho. Probablemente no recordaría nada a la mañana siguiente, pero yo sí y lo escuché con atención. Joan me rebasó, dejando una ligera caricia en mi cabeza.

—Y bien nada. Me ha mandado a la mierda con buenas palabras. Incluso con lo que le hice no levantó la voz, casi prefería que me hubiera gritado y se hubiera enfadado. Parecía hecha de hielo. —Joan se miró las manos y entonces me fijé. La sonrisa había desaparecido de su rostro y estaba demasiado encorvado, como si su cuerpo se hubiera cansado de sostenerlo.

—Casi mejor así tío. Te evitas complicaciones. —Que simplicidad. Lenny se quedó tan pancho, exprimiendo la última cerveza que quedaba. Hablar con él era peor que hablar conmigo, que no podía contestarle. Joan lo miró con mala cara antes de sentarse a su lado. Apoyó los pies sobre la mesa que había frente al sofá y cerró los ojos. El silencio no me gustaba, no en él, era cuando algo realmente malo ocurría.

—No me miraba a los ojos. Ella siempre me ha mirado a los ojos, lo sé porque sus ojos son de un azul casi blanco. Cuando ríe parece que el color desaparece de ellos y no puedo evitar quedarme mirándolos.

—Menudas tonterías dices. Casi parece que te hubieras encoñado de ella. Déjate de estupideces que con los pibones que consigues, tener chica es casi un sacrilegio. —Exclamó el cerebrito de Lenny. Una lógica aplastante, pensé yo mientras veía la venita de Joan hincharse.

Lo normal era que ambos se juntasen para decir estupideces, que reían hasta bien entrada la madrugada. Con el paso de las horas yo mismo dejaría el salón para buscar el silencio en su dormitorio, y ambos terminarían durmiendo la mona en el salón.

En aquel momento, sin embargo, parecía darse cuenta al fin de lo que sus bocas soltaban. No necesité gruñirle ni tirarle la bebida.

—Lenny es mejor que te largues. Hoy no estoy de humor. —Dijo de mala gana. Se enderezó lo justo para que sus caras quedasen a la misma altura. Supongo que es como una especie de amenaza, yo suelo ser más efectivo... pero mi humano lo intentó a su manera.

—Pero tío... si aún es temprano. —Remoloneó Lenny con una sonrisa bobalicona.

—Lo siento, pero es mejor que te vayas. —Cuando a mi humano se le mete algo en la cabeza... Era la primera vez que el rechazo de una mujer lo ponía de aquella manera, generalmente un no era tratar de conseguir a otra nueva, no obstante, cuando Lenny, arrastrando los pies, se fue Joan se dejó caer triste.

Me senté a su lado, mirándolo, analizándolo, tratando de descubrir el motivo real por el cual se comportaba así. A los pocos minutos de estar en silencio, con mi cabeza sobre su barriga, él mismo se abrió. Yo siempre he sido su confesor, lo cierto es que he escuchado de todo, cosas que me habría gustado no saber.

—Me gustaba como me miraba. Ella creía ver en mí alguien que no existe, alguien bueno y no sé. —Se mesó el cabello nervioso. Su pelo, demasiado largo, cayó de nuevo a ante sus ojos. —Joder... pero aquella morena estaba

cañón y prácticamente se me tiró a la bragueta. ¡Eso no debería contar! —Pero él sabía que lo hacía, comprendía perfectamente los motivos y sabía que lo que acababa de decir era una tontería. —Se lo ha tomado muy a pecho, si me lo hubiera pedido. —Lo miré a los ojos, esperaba que viera en ellos que no lo creía. Él necesitaba que alguien le dijera las verdades, necesitaba sufrir. —Quizás si le doy tiempo comprenda que podemos solucionarlo. Soy capaz de aprender a ser fiel. —¿Aprender? Yo siempre he creído que la fidelidad es como el amor sino te nace no lo hará jamás. ¿Creía amar a Steisy porque la extrañaba? ¿Era ese suficiente motivo? —Manchas, creo que he la he dejado escapar demasiado pronto. —Cerró de nuevo los ojos y en seguida se quedó dormido.

Lo cierto es que no sabía que había dentro de Steisy, lo cierto es que no la conocía de verdad, pero Joan no estaba preparado. Me habría gustado pensar que había aprendido realmente lo importante, pero ciertas cosas debía sentir las bajo la piel y no era el caso.

Entre sus ronquidos me quedé mirándolo y preguntándome en qué punto exacto había perdido al chaval nervioso que escondía revistas guarras bajo el colchón, aquel que se ponía nervioso si una chica guapa lo miraba o incluso si le sonreía. Era un muchacho agradable, tierno y sumamente listo, en algún punto, ante el gran éxito entre las mujeres había perdido al chico que yo conocía y lo había cambiado por este.

La noche se alejaba con rapidez y el cansancio también me pudo. Mi último pensamiento de aquella noche fue para Sansón, lo recordé en lo que parecía una eternidad compartida y que sin embargo para los seres humanos no eran más que cinco, tal vez seis años.

Sansón moriría en unas horas, ¿Cómo sería despedirse de todo? Lamí la cara de Joan presa de la necesidad de sentirlo a mi lado y me eché sobre él, quería saber que al menos él estaba bien, porque al final todo mi mundo se reducía a su persona, por mucho que me dolieran mis amigos, por mucho que sufriera con los demás, o con las lágrimas de Steisy, yo siempre pensaría solo en Joan.

Capítulo 18

Pasó una semana. Cada tarde fuimos al parque y todas y cada una de ellas esperé ver llegar a Sansón corriendo, dándome la gran noticia, pero ni él ni su dueña aparecieron. Mimi trató de animarme, sin embargo, no pudo conseguirlo. Al final tuve que aceptar lo evidente, que jamás volvería a verlo, a compartir una conversación o a darme un consejo. Y sin más, aquella tarde lo dejé ir realmente, a mi lado se quedaron los buenos recuerdos.

Era doloroso recordar los momentos compartidos entre ambos. En algún punto de nuestros caminos él había pasado a ser alguien importante, sin apenas darme cuenta se había convertido en un pilar fundamental de mi vida. Pocos perros tenían esa cualidad, me habría gustado poder decirle muchas cosas, sin embargo, cuando lo supe no encontraba las palabras y en aquel momento ya no podría escucharlas.

Quizás, estuviera donde estuviese, lo supiera. Quería pensar que Sansón era feliz y que había algo más después. Tampoco podía asegurarlo y no tenía importancia en aquel momento.

Joan por su lado estaba melancólico, tristón, pero eso no detuvo su vida. A los dos días volvió a salir con sus amigotes y poco después parecía de nuevo él, solo había sutiles diferencias, detalles en los que solo yo reparaba.

Era tarde, el sol empezaba a irse y llegaba la noche, tan llena de sonidos. Joan se esmeraba en la cocina y se había puesto la americana para ligar. Tocaba nuevo ligue, un nuevo proyecto para deshacerse de alguna mujer que pretendiera quedarse, pero en aquel momento no estaba ni inspirado, ni animado para eso.

La vi llegar caminando, como los pollos, sobre dos zapatos inmensos. La muchacha trataba de mantener el equilibrio para no darse de bruces y casi daba miedo verla avanzar por el piso. Quise ser bueno, pero lo cierto es que descubrí que lo mejor para las penas es divertirse un rato. Ponerse en medio para ver su cara cuando tenía que sortearme, y daba saltitos para no caer, mientras trataba de mostrarse sexy, desinhibida, interesante...

¿El gran cambio? Ese detalle por el que supe que con ella podía pasar a la liga mayor fue cuando a la tercera vez que la hice tropezar me lanzó una patadita, que fue directa a mi estómago, cuando Joan no miraba.

Quería pensar que fue sin querer, pero su cara... ese espejo por el que tan bien se podían leer en los humanos... ¡No me gustó nada! Si aquel era el intento de Joan por sustituir a Steisy no podía haber elegido peor.

—¿Ya está lista la cena? —Susurró la mujer mientras apresaba a Joan por detrás con sus brazos. Depositó un beso en su cuello dejando la marca.

—Aún le queda un poco. —Contestó Joan girándose para comerle la boca.

—¿Estás seguro de que no puedes ofrecerme nada? Estoy tan hambrienta que me comería cualquier cosa. —¿Aquella mujer había querido ser sutil? Ver a Joan bajándose la bragueta no fue una novedad. Demasiado sencillo, tanto que me retiré incapaz de mirar. Los sonidos me los tuve que tragar, ¡aunque ella más!

A ella sí que no le importaba que mirara y yo contribuí ladrando como un loco en un intento porque se detuvieran. Dudaba mucho que, en aquel instante, en el que literalmente la parte de su anatomía más delicada estaba siendo devorada, Joan pensara en la muchacha. Antes de retirarme pude ver como la agarraba por la cabeza y cerraba los ojos. A ella no le importó mucho.

Si lo que pretendía era divertirse había ido al lugar indicado. No quise juzgarla, por mucho que no pude evitarlo, la patadita que me había lanzado me había inclinado a odiarla un poquito. Si hacía eso sin conocerme de nada ¿quién me podía asegurar que no me haría algo peor si nos quedábamos solos?

Fueron los tres minutos más raros en mucho tiempo. Joan gruñó, bueno hizo el sonidito que siempre marca el final, y ella se incorporó limpiándose la boca. Se “retiró” al servicio, como ella dijo, y volvió poco después más aseada.

—¿Todavía queda mucho? —Joan la miró y asintió con una mueca por sonrisa. Sus ojos se movían nerviosos, inquietos, como si algo rondara su cabeza. Yo me quedé en silencio, listo para intervenir si fuera necesario.

—Sí para las dos cosas. —Joan se sentó sobre una silla y ella a su vez sobre sus rodillas. Joan no dijo nada, se quedó mirándola a los ojos con una concentración impropia. —¿Quieres jugar? —Y sin más aproximó la cara y la besó. Sacaba la lengua y la metía en su boca, como si quisiera saborear algo. Una y otra vez, ella la aceptaba gustosa, sonriente.

—Se te da bastante bien. —Joan aceptó el cumplido que acaba de lanzarle.

—Práctica.

—¿Puedo preguntar cuánta? —Dijo ella. ¿De verdad? ¿Iba a juzgarlo por eso con lo que acababa de hacer? Ninguno de los dos era precisamente un santo.

—La necesaria.

—Pues me alegro. Me gusta que los tíos sepan cómo hacer disfrutar a una mujer. —Exclamó ella casi saboreando lo que vivirían después. En su mente ya podía verlo, como si se hubiera ganado el premio gordo y Joan no fuera más que un pene con patas. ¡Vaya! Joan acababa de encontrar la horma de su zapato, quizás así pudiera verse reflejado y darse cuenta de cómo trataba él a las mujeres.

—Tranquila. No vas a tener queja. — Le contestó mi humano, por el contrario, él parecía cada vez más inquieto. Se removía bajo el cuerpo de la mujer, pero no precisamente por lo que ella creía.

Joan se levantó de golpe, miró la sartén y ella a puntito estuvo de caerse. Gracias a él que la atrapó y la mantuvo sobre lo que fuera que adornaba sus pies. Aún con ellos, era varios centímetros más pequeña que Joan.

—¿Te ayudó? —Ella seguía intentando acercarse una y otra vez. Ya se había levantado y se había vuelto a colocar a su espalda.

—No hace falta.

—¿En serio? —Movi6 sus dedos como si caminase por su espalda, subiendo con lentitud. Yo aproveché ese momento, dándole cierto respiro a Joan, y salté sobre ella. Cualquiera, desde fuera, habría visto a un perro adorable pidiendo mimos. Por el contrario, ella cada vez me gustaba menos. Llamadle sexto sentido...

—Eh, déjame. ¡No, quieto! ¡Joan dile algo! —Se comportaba como si yo fuera un bicho molesto. Levantaba la pierna y la colocaba entre ambos, saltando en el pie que le quedaba en el suelo. ¿Conclusión? Se cayó, Joan trató de atraparla inútilmente y ella gritó todavía más, si es que eso era posible. — ¿No puedes encerrarlo o algo? —Miré a Joan sin creerme lo que aquella mujer había sugerido. ¡No me conocía de nada! Si le hubiera hecho lo mismo que a Steisy... pero así de buenas a primeras me parecía demasiado.

—No, es mi perro y es inofensivo.

—No me gusta. Enciérralo solo hasta que me vaya... ya verás cómo te compensa. — Ella apretó sus grandes mamas, tetas o como queráis llamarlas contra él. Cada una de ellas era como dos de mis cabezas, sin exagerar. Generalmente Joan estaría dando saltitos, pero la miró sin apenas pestañear.

—No, es mi perro. Si no te gusta creo que la que tiene que irse eres tú. — Lo cierto es que Joan había sido impertinente. Ella trató de mantener la sonrisa ante aquella mala contestación, todavía dispuesta a una noche salvaje con él, y trató de salirse con la suya, pero de una forma más dulce.

—No te enfades... solo digo que quizás él esté mejor...

—Ya te he dicho que no. Si estás en celo y quieres sexo me parece genial, pero mi perro no te ha hecho nada.

—¡Cómo te atreves! ¡Acaba de tirarme! —Gritó ella ofendida.

—No, lo cierto es que te has caído tú solita al hacer el gilipollas. Mira, lo mejor es que te vayas antes de que me des dolor de cabeza.

—Claro, ahora que ya estás satisfecho yo me quedo con las ganas. —Ya no parecía tan amigable, lo cierto es que sus ojos se habían oscurecido y había colocado ambas manos en la cadera.

—¿Si te meto la polla te irás más tranquila? —Dijo Joan tocándose el paquete descaradamente.

—¡¿Quién te crees que soy?! —Gritó ella indignada.

—Pues no lo sé. Acabas de comérmela hace nada. —Explicó él con tranquilidad.

Miré a Joan con la cabeza baja. No debió decir aquello, no era justo teniendo en cuenta que ambos lo desearon, pero me gustaba que me defendiera. Me mantuve cerca, dándole mi apoyo a pesar de no estar de acuerdo con las palabras que había usado.

—Y tú eres un grandísimo...

—Ya sé, ya sé. Es mejor que te vayas. —Ella recogió su chaqueta con toda la dignidad que le quedaba y se largó dando un portazo. Miré a Joan preocupado, él jamás había tratado a una mujer de aquella manera. Él decía que todas merecían que las mimaran, que les dijeran lo hermosas que eran y les dedicasen su tiempo. En cierta manera a todas les hacía el amor como si fueran únicas, sin embargo. —Manchas, ¿qué coño me pasa?

¿Y yo que cojones sabía?

Capítulo 19

Pasear era nuestro calmante y Joan también lo necesitaba. Aquella mañana nos acercamos al parque, saliéndonos de nuestra rutina y lo acompañé en su silencio. No me alejé en cuanto mis pies tocaron la hierba fresca, porque sentía que me necesitaba mientras ponía sus ideas en orden.

Tardé varios minutos en apartar los ojos de él, pero cuando lo hice descubrí a Liane, sentada en su sitio de siempre, pero triste. Contra su pecho apretaba la correa, ahora vacía.

Caminé sin pensar hacia ella, me acerqué en silencio y me detuve a su lado. Sabía que podía rechazarme, incluso temerme, pero dejó que apoyase mi cabeza en su regazo. Al contrario de lo que pretendía su llanto se duplicó al momento. Podía ver las lágrimas caer con fuerza, me mojaban el pelo, pero no traté de apartarme. Sus brazos, aunque delgados, demostraron tener fuerza cuando me apretó contra ella.

Joan también se topó con su fantasma, Steisy cruzaba en aquel momento el parque rumbo a la facultad. La vi desde lejos y lo vi a él, inseguro, sin saber si acercarse o no. Quise ayudarlo, pero por primera vez no lo elegí a él ante todo, me quedé al lado de Liane mientras lo veía, finalmente, correr en busca de la mujer que había removido su mundo.

Liane se limpió la cara con la manga, de una manera bastante graciosa. Sus ojos eran grandes, bonitos, y sus labios carnosos se apretaron con fuerza.

Me besó la frente y se levantó más tranquila. La vi avanzar con paso firme, sin mirar atrás y dejando la correa en el banco en el que se había sentado. No sabía si volvería por allí o si buscaría un remplazo para Sansón, muchos lo hacían, pero la vi algo mejor y no traté de seguirla.

Por el contrario, me acerqué a Joan que en aquel momento trataba de retener a Steisy. Ella se alejaba, pero siempre con la mirada puesta en él, como si ella tampoco quisiera dejarlo atrás.

Me lancé contra su cuerpo con todo mi peso, apoyando las patas delanteras en su pecho y haciéndola caer. No se lo esperaba, ninguno de los dos lo hacía. Ella esbozó una tímida sonrisa, no quería reírse, aunque no pudo evitarlo.

—Él también te extraña. —Dijo Joan. Ella me miró y yo le lamí la cara sin saber si realmente quería que volviera, aunque en cierta forma sí que la había

extrañado. —Sé que soy un cabrón, pero necesito que me des otra oportunidad.

—Muy sencillo y barato te saldría. ¿No ves que no puedo volver a confiar en ti?

—Te comprendo, sé que es normal que no lo hagas. —Contestó Joan al tiempo que se arrodillaba sobre la hierba a su lado. —Trató de acariciar su cara, pero ella se apartó esquivándolo con rapidez. —Pero necesito que me des la oportunidad de demostrarte...

—¿Demostrarme? No has tardado nada en traicionarme y no me habrías dicho ni una palabra si no hubiera leído los mensajes. ¿Crees que soy estúpida?

—No.

—¿Entonces? —Steisy me abrazó y al mismo tiempo me usó de escudo mientras hablaba. Se refugiaba en mi cuerpo con un abrazo que me estrangulaba. Podía notar los ligeros temblores que la habían embargado. Ella estaba al límite, quería ceder, pero ambos sabíamos que corría el riesgo de salir mucho más herida. Me habría gustado decir, que al menos yo, creía las palabras de Joan, pero no podía hacer tal cosa.

—No puedo pensar ni dormir porque no te saco de mi cabeza. Puedo jurar que es la primera vez que me pasa algo parecido. Necesito que vuelvas.

—¿Eso es todo?

—¿Y qué esperabas?

—¡No lo sé Joan! ¡No tengo ni idea! Esperaba algo que me hiciera cambiar de idea, que me diera algo a lo que aferrarme para decirte que sí, pero desde luego no es esto. —Dijo Steisy bajando la voz paulatinamente. —¿Qué teníamos exactamente para ti? ¿Qué habrías sentido si fuese al revés? Pero no... en tu enorme cabeza no concibes que una mujer pueda traicionarte. Quizás deberías sentirlo en tu propia piel para saber lo que duele.

—No digas eso. —Joan trató de nuevo de tocarla. Esta vez ella dejó que lo hiciera. —He aprendido la lección.

—Sé que crees eso, incluso puede que estés convencido de ello, pero sé que no es verdad. Si te perdono no tardarás mucho en olvidarlo y no me lo merezco.

—¿Qué puedo hacer?

—No te rindas. —Dijo Steisy mientras se levantaba y caminaba lejos de nosotros. Aquella mujer tenía una serenidad y una manera de pensar que me gustaban. Joan sin embargo se había quedado allí arrodillado sin saber muy

bien si había ganado o perdido algo. Para él si no era un sí o un no, lo demás no tenía apenas valor.

—La conseguiré. —Me dijo Joan. Lo miré sabiendo que no había comprendido nada realmente, pero con la esperanza de que lo hiciera. Si había llegado hasta allí, hasta el punto de luchar por una mujer y echar a otra por ella, eso significaba que había una solución posible, solo tenía que guiarlo por el camino correcto. Apartaría a las que hiciera falta para que él encontrara la correcta, y si era Steisy mi misión ahora era volver a reunirlos.

Capítulo 20

Los sonidos son mi fuerte. Me gusta concentrarme y tratar de averiguar lo que hay bajo el predominante, esos sonidos casi imperceptibles, pero que en el fondo lo son todo.

A Joan le encanta la música, a mí saltar por el salón cuando él decide ponerla a todo trapo. Él necesitaba alegría y yo le seguí, como siempre.

Durante lo que parecieron unos segundos escuchamos sus canciones favoritas, saltamos, nos caímos, él se tiró sobre mí y yo sobre él. El pobre cree tener más fuerza que yo, cuando en realidad solo le dejo ganar para que su ego masculino siga intacto. Poco sabe el pobre que yo estoy hecho para el mundo salvaje, que mis dientes podrían destrozarlo en cuestión de minutos, ¿los de él? Son blancos, rectos y sin filo.

Steisy dejó de cogerle el teléfono, no penséis que él entendió la indirecta. Después de eso se pasó a los largos mensajes en los que mandaba lo que el denominaba poesía, según él el significado estaba escondido. Vale, yo soy un perro y mi forma de pensar difiere de la suya, pero aun así... ¿significado escondido? Creo que la mejor forma de explicaros mi dilema es mostrar un ejemplo.

No puedo decir te amo
Pero te extraño
Mi mundo sin ti es negro
Pero soy sincero...

Y aquí prefiero cortar. Os preguntaréis si el ser humano consigue hacerlo peor, pues él logró meter sexo en ese poema, y describir de una forma nada sutil lo que le haría. Si yo fuera la chica no lo dejaría acercarse ni a dos metros de mí.

Después de dos de esos mensajes el pobre se estaba volviendo loco porque ella no le contestaba. Lo que me habría sorprendido sería que lo hiciera y más importante, ¿qué coño podía contestar a eso? Yo por mi parte me mantuve en silencio, aún no he aprendido a hablar y cada vez tengo menos ganas, esa ha sido una broma mala por mi parte.

Doce horas. Exactamente tardó eso en volverse loco y replantearse acostarse con cualquiera para “quitarse las penas”. Después pasó a mirar el

teléfono como si fuera a darle la solución y, a continuación, mandar un mensaje menos sutil.

—Tengo que ir a clase. Quizás allí me encuentre con ella. —Y vuelta a lo de siempre. —Quizás puedo probar algo diferente. —Sería lo ideal. Darle tiempo para pensar, ir poco a poco. —Ya sé. La iremos a buscar a su piso y la invitaremos a cenar. Eres mi comodín Manchas. Por extraño que parezca, y teniendo en cuenta las putadas que le hiciste, te adora.

Se largó, quise opinar algo, pero no tenía nada que aportar. Dejé que se fuera y me senté. Yo también sabía querer a alguien, también podía sentir la necesidad en la barriga por estar con alguien, pero no de aquella manera.

Mimi vino a mi mente, demasiados días sin verla, sin saber qué pensaba. Sé que ella también quería a Sansón, que me necesitaba, y entonces lo supe. Yo también me había comportado como un completo gilipollas, demasiado concentrado en mis propias emociones como para estar con ella, apoyarla y consolarla en una pérdida que seguramente le dolía tanto como a mí.

Joan volvió mucho después. Aún no era de noche, pero poco faltaba. El calor era cada día peor y me impedía respirar. Él estaba nervioso, su sonrisa era tensa y se mordía el interior de la boca.

—La he visto, estaba con otro. ¡Es una hipócrita! —Pero por muchas pestes que soltara por la boca lo cierto es que no era con ella con quien estaba realmente enfadado. —Estaba riéndose como si nada y cuando me acerqué me lo presentó como un amigo, ¡un amigo al que no dudó en montar! —Esperé sentado y al poco tiempo me acompañó. Comenzó a acariciarme mientras trataba de poner en orden sus ideas. —Estaba preciosa. —Y el deseo de lo que ya no podía tener, de la mujer que anhelaba y se había convertido en el fruto perdido. —¡Joder me está volviendo loco! —Yo tengo la teoría de que una sola mirada es suficiente para sentir una conexión profunda, casi existencial con alguien. Él parecía haberla obtenido al ver que los ojos de ella miraban a otro.

Se preparó con cuidado, prestó atención al más mínimo detalle, y salimos con prisa. Mi correa estuvo tirante todo el camino, como si nunca caminase lo suficientemente rápido. Siempre pendiente de los semáforos y con prisa por llegar.

Nos plantamos ante su puerta sin saber si llegaría a abrirse. Él tocaba insistentemente, no se rendía, no podía hacerlo. Siguió hasta que un ligero sonido me indicó que alguien nos observaba. El dolor la llevaba a mantener la distancia, marcar una zona segura, aunque no podía evitarlo. Se atraían como

las polillas, pero eso no curaba el dolor que sentía cuando lo veía. Los entendía mejor que ellos mismos.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Steisy llegaba hasta mí opacada.

—Pensé en venir a invitarte a dar un paseo y cenar.

—Estoy ocupada.

—Me dijiste que luchara.

—Pero no es el momento. —Contestó ella con rapidez.

—¿Y cuándo será? No quiero que te sigas alejando. —Contraatacó mi humano nervioso, le habría gustado poder atravesar la pared, pero ahí seguíamos, ambos ante una puerta cerrada. Tendría que convencerla, dejar salir toda su labia con las mujeres.

—Creo que me merezco al menos unos días de luto por lo que no llegó ni a ser una relación. —Ella entreabrió la puerta. Su pelo cayó en cascada, desordenado, entorno a su cara con forma de corazón. Sus labios carnosos se entreabrieron, esbozaron una minúscula sonrisa al verme al lado de Joan, y finalmente abrió la puerta para dejarnos pasar. —Manchas debe tener sed. —¿De verdad los humanos pensaban engañar a alguien con excusas tan tontas cuando se comía a Joan con los ojos?

—Mucha. —Dijo Joan sin aliento. ¿De verdad? Ni me miró.

El piso era mucho más pequeño, lleno de objetos inútiles y con mullidas alfombras. Corrí a inspeccionar dejándoles algo de espacio, aunque podía verlos en todo momento.

Joan quiso abrazarla, estiró los brazos y rozó su piel con la punta de sus dedos. Aquel simple gesto hizo que ella se estremeciera y se retirara, como si temiera que otro roce la fuera a hacer perder la razón. Joan sonrió de medio lado y la dejó escapar por el momento.

Me coloqué tras las piernas de ella y tropezó. En mi boca tenía un juguete peludo, que había encontrado sobre la cama y del cual me adueñé al momento.

—¿Quieres algo de tomar? —Le preguntó Steisy.

—Tengo mucha sed. —Susurró Joan acercándose a ella. Sus cuerpos no se rozaban, pero estaban a punto y me coloqué en medio impidiendo que hicieran alguna estupidez. —Aceptaré todo lo que me ofrezcas, lo sabes.

—Claro, nunca has sido de decir que no, ¿verdad? —Preguntó Steisy irónica. —Ven aquí Manchas, quizás encontremos algo de mataratas en la cocina. —La miré sin saber si estaba de broma. Aunque Joan era demasiado grande para funcionar, antes la mordía que dejar que le hiciera daño. Caminé hacia ella, no del todo convencido de estar haciendo lo correcto.

—Al menos me darás un besito de despedida. —Dijo él tras nosotros.

—¿Te vas ya? Yo que no sabía cómo podía pedirte que te largaras. —Pero Steisy sonreía. Una sonrisa triste, como si no llegase a llenarse del todo y los recuerdos, o más bien lo que se imaginaba lo empañase todo. —¿Te gustó?

—¿Cómo?

—Ella. ¿Qué tenía tan especial para que lo mandases todo a la mierda de esa manera? —Por la cara de Joan supe que estaba en un atolladero. Me lancé con las patas en alto contra Steisy y ella me acarició con ternura.

—Estaba dispuesta.

—¿Es todo lo que necesitas?

—Fui un gilipollas, ¿vale? No lo pensé. —Steisy recogió un vaso de la encimera y lo llenó de agua, después se lo tendió. Evitaba mirarlo directamente, incluso parecía huir. Tocar aquel tema la llevaba a un estado depresivo y temí que se echara a llorar. Estaba todo demasiado fresco para ambos y Joan no hacía más que meter el dedo en la herida. —Quiero que lo olvides.

—Pero no puedo.

—Deberías intentarlo al menos. Necesitamos que lo hagas para tener una oportunidad de verdad. —Dijo Joan mientras la agarraba con suavidad por el mentón y tiraba de él para que lo mirara a los ojos. Steisy tenía aquel color azul claro, que tan bonito y puro me parecía. Joan no se detuvo, bajó la cabeza y ella se lo permitió, por unos segundos sus labios se conectaron para que a continuación Steisy le girara la cabeza de una sonora bofetada.

—No vuelvas a hacerlo.

—Mereció la pena. —Joan se acarició la mejilla dañada. —Seguiré intentando que volvamos a ser los mismos. —Ella asintió mirando un punto en la pared del fondo.

—Si lo vuelves a intentar te patearé tan fuerte los huevos que tendrás que usar un cojín para sentarte. —Su voz parecía llana, carente de sentimientos o inflexiones.

—No serás capaz. Ambos sabemos lo delicada que es esa parte de mi anatomía.

—Algo que compartís todos los hombres del mundo. Tranquilo, seguramente podré reemplazarte con facilidad, tú por el contrario. —Joan frunció el ceño molesto. —¿He dado donde duele?

—No sabía que fueras tan vengativa.

—Hay mucho que no sabes de mí y que tampoco te has parado a descubrir.

Deja. —Steisi estiró la mano con suavidad para darle un pequeño empujón. — no lo pienses. Cada vez que pones a tus neuronas a trabajar lo jodes todo.

—Te necesito.

—No lo dudo, pero ni siquiera tú sabes el por qué. ¿Me querrás igual cuando volvamos a estar juntos y se vuelva aburrido? —Joan esquivó sus ojos. El pobre ni siquiera sabía fingir. —Ya veo.

—No quería...

—Tranquilo Joan, siempre he sabido quién eres, el problema ha sido mío por creer que podría cambiarte.

—No, no lo sabes, ni siquiera yo lo sé. —Exclamó de pronto mi humano algo cabreado. Se movió por la sala inquieto y se plantó de nuevo ante ella. — Ni siquiera yo lo sé. —Añadió más suavemente. Iba a rozar su boca con el dedo, pero al ver que Steisy, algo sorprendida no se retiraba, la besó.

Por un segundo creí que Joan lo había conseguido, con algo tan simple como un par de mordiscos en la boca, pero entonces ella lo empujó con fuerza y se liberó. Se limpió la boca con brusquedad, su ceño se frunció y se enfrentó a él sin pensar. Con los puños en alto, y gritando con todas sus fuerzas.

Joan jamás se había enfrentado a algo parecido, siempre que alguna mujer pedía explicaciones simplemente la largaba, pero en aquella ocasión se quedó en pie ante ella, en silencio, aguantando los embistes de ella. Me sorprendió, yo no estaba siendo más que un espectador. No sabía si debía interferir, era su guerra.

—No me toques. ¡No te servirá de nada!

—Pero me devolviste el beso. —Dijo Joan con suavidad. Debía saber que sus palabras no harían más que cabrearla, pero supongo que era superior a él mismo. —Debe ser una lucha interna complicada.

—¡Te odio!

—Y yo te creo. —Joan extendió las manos y mientras ella seguía tratando de apartarlo la abrazó. No sabía si debía interferir, en el fondo ni ella misma parecía saberlo. —Te creo. —Susurró de nuevo a su oído. Bajó la voz, apenas era capaz de oírlo. —Yo tampoco entiendo lo que me está pasando.

—Yo sí que lo entiendo. Me gusta un hijo de puta capaz de traicionarme con la primera que se abre de piernas. Crees que tienes derecho a todo por tu cara bonita. ¿Es eso? ¿Qué tengo yo que me diferencie del resto? ¿Soy mejor en la cama?

—Eso seguro. —Dijo Joan con una risotada. Steisy le dio una sonora bofetada. —Eres salvaje. —Dijo deteniéndose a mirarla con intensidad.

Recalcó cada palabra, como si necesitase que ella la procesase y comprendiera la intensidad de lo que decía. —decidida. —le dio un ligero beso en la punta de la nariz y se retiró con rapidez, yo también habría temido que me devolviera un cabezazo. Joan se la estaba jugando. —divertida. —Ahora el beso cayó en su mejilla derecha. Ella bajó los brazos y lo miró en silencio. Lo dejó hacer, pero dos lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas. —sincera. —Le acarició el mentón y la obligó a levantar la cara, quería mirarla a los ojos. Él mismo enmudeció unos segundos, se mordió el labio con nerviosismo. —fiel. —Terminar con aquella palabra precisamente era de tontos, pero ella no dijo nada. —Solo quiero volver a empezar. Volver al principio de todo entre nosotros y reconstruir nuestra relación.

Steisy asintió en silencio y le tapó la boca. Inspiró con fuerza dos veces, para alejarse de él y sentarse una silla a pocos metros. Joan la siguió y se arrodilló ante ella. ¿Yo? Yo me sentía fuera de lugar y al mismo tiempo tenía la mejor butaca de todas para ver aquella película.

Vale, reconoceré que tenía ganas de hacer pis, pero quedaría algo raro que en medio de aquel drama levantara la patita y me pusiera a mear en la alfombra. No quería ser el centro de atención en aquel momento. Joan lo estaba haciendo... bueno lo intentaba.

—No podemos. —Exclamó Steisy cortando el silencio que se había instaurado en aquel piso. —No puedo. Si lo hiciera...

—Cuando lo hagas. —Corrigió Joan con dulzura. —no volveré a fallarte. Seguiré ahí pase lo que pase.

—Hasta que te aburras. ¿No te das cuenta?. —Preguntó Steisy con voz cansada y triste. —No quiero hacerme falsas esperanzas, no puedo. Hacía mucho tiempo que algo no me destrozaba de esta manera. No puedo...

—Sí. Dicen que lo que más duele es lo que más significa para nosotros. ¿Tan importante soy? —No lo dijo con fanfarronería, en realidad noté cierto temblor, cierta duda y temor al rechazo en su voz. Joan siempre había ocultado con maestría sus sentimientos, pero en su mirada pude ver que había bajado la barreira.

—Ya no importa Joan. —Ella le acarició la mejilla, pasó las uñas por su barba de dos días y dejó sus dedos pendidos entre ambos. —Ya no confío en ti.

—Y sin embargo...

—Y sin embargo no puedo alejarme. Me duele a pesar de saber que tengo que dejarte ir.

—No lo hagas... no me apartes de tu lado. —Susurró Joan.

Qué sencillo puede ser todo y cuanto tienden los humanos a complicarlo. Incluso en el error, incluso en la traición que sencillo sería recapacitar y confiar de nuevo, el problema es que los seres humanos tienden a repetir, tanto en lo bueno como en lo malo. La tendencia a moverse por su zona de confort, incluso a repetir palabras o expresiones. Ciertamente que, en ocasiones, conseguían reparar ciertos errores en su conducta, que si encontraban algo capaz de hacerlos recapacitar... pero... ¿Realmente Joan estaba tan enamorado? Al final el tiempo es el único que tiene todas las respuestas, pensé presa de un momento de reflexión que dejé que se escapara entre mis patas.

—Sería estúpida. No soy una de esas que lo perdonan todo. No podría vivir conmigo misma si volvieras a traicionarme. No soy débil. —Dijo ella casi con asco hacia su persona.

—¿Y no te odiarías si no lo intentas? ¿No pasaría el tiempo y te preguntarías cómo habría sido compartir tu tiempo conmigo, darme la oportunidad de demostrar la veracidad de mis palabras? —Joan abrazó sus piernas y besó su rodilla derecha. Yo lo miraba enternecido, en mi mente solo había una respuesta posible, quería que Joan fuera feliz, pero Steisy lo miraba sin llegar a decidirse. —¿Vas a guiarte por el miedo?

—Yo no te tengo miedo.

—A mí no, temes el dolor de sentir algo por mí tan intenso que sea capaz de destruirte. —Joan mordió ligeramente su rodilla. Ella gimio involuntariamente. ¿En serio? ¿De verdad usaría el sexo como moneda para convencerla? ¿Accedería ella fruto del frenesí, bueno del intento de frenesí, al que Joan tenía pensado llevarla?

No lo hizo, bueno en parte sí, pues con los ojos se lo comía, pero su boca lo detuvo. Ese gesto serio y triste hizo que Joan se quedara paralizado, suplicando con cada fibra de su ser.

—Tienes razón. En algún punto de estas semanas tan intensas he llegado a imaginarme e inventarme toda serie de excusas. De verdad creí que yo sería diferente.

—Y lo eres.

—Puede, ya no lo sé. —Steisy enmarcó la cara de Joan con las manos y acercó su boca con una lentitud exasperante. Saboreó los labios de Joan y sonrió al terminar. Los seres humanos son un poco bipolares, lo vi en la tele, ese aparatito tiene todas las respuestas.

—¿Esto qué significa? —Si hubiera podido hablar en ese momento habría

dicho un par de cosas ofensivas hacia el que decía ser un genio con las mujeres.

—Que sigo sin saberlo, pero lo necesitaba.

—Me sirve. —¡Claro que te sirve pedazo de tonto! No estás saltando sobre una pata porque temes que ella se arrepienta. —¿Iría muy rápido si trato de llevarte a la cama?

—¿No puedes mantener tu colita en la jaula?

—Puedo y por ti lo haré, si eso es lo que realmente deseas. —Contestó él con tono lastimero poniendo ojitos, los mismos que ponía el gato aquel con las botas tan graciosas. Aunque solo de imaginarme que me ponen unas a mí... ¡menuda tortura! —aunque si lo que desearas fueran besos, caricias, mimos y hacer el amor como si no hubiera mañana...

—¿Hacer el amor? —Preguntó Steisy con una sonrisa y levantando la ceja derecha con escepticismo.

—Claro, ahora estamos enamorados.

—¿Y cómo es eso? ¿Cuándo hemos decidido tal cosa? Es cierto eso de que eres capaz de decir lo que sea con tal de convencerme. —Replicó Steisy entre divertida y recelosa. ¿Aún no podía meter baza en el asunto? Si no lo impedía iban a acabar como siempre y yo no sabía usar el mando de aquella tele. Miré a Joan y marqué otra cosa más que hacía por él.

—Y hacerte lo que sea... Además, quiero redimirme amándote en todos los sentidos. Quiero convertirte en mi mundo y descubrirte muy despacio, internarme en ti para perderme en tus secretos, en los recovecos de tu piel.

—Muy poético, ¿es tuyo?

—No sabes lo mucho que me ha costado escribirlo. Yo habría sido más literal, ¿tienes idea de lo mucho que me estoy esforzando por ti?

—Ya lo veo. —Asintió Steisy con una sonrisa.

—No tienes ni idea, pero lo de los recovecos de tu piel y lo de perderme por ahí, buff... solo de pensarlo. —Joan lanzó un mordisquito al aire, como si quisiera comérsela. ¿No era eso justamente lo que hacían siempre?

—Quizás podría convertirte en mi esclavo sexual, hacer que cumplieras todos mis deseos sin recibir ningún tipo de alivio. Calentarte una y otra, y otra, y otra vez hasta que suplicaras por terminar. —Susurró ella. Ya se habían perdido en sus juegos. Ahora la ropa volaría y volverían a jugar con sus culos blancos al aire. Ser su perro no está bien pagado, pensé mientras iba a esconderme e inspeccionar, al mismo tiempo, aquel piso.

Capítulo 21

Una vez perdonado, o con el sí en la mano, Joan descubrió que el día no tenía tiempo suficiente para pasarlo a su lado. Se obsesionó con ella, con hacerla feliz y verla sonreír. Tenía todo tipo de detalles, hasta dejar de salir cada noche que podía y pasarlas a su lado. Me sorprendió gratamente, pero seguía teniendo que ver aquellos paquetitos usados por el suelo a la mañana siguiente.

Hacía una semana que no íbamos a mi parque de siempre, el nuevo quedaba más cerca de su piso, pero yo necesitaba ver a Mimi. Había dejado que pasara por el luto de Sansón sola, la había abandonado y temía que me reemplazara, que encontrara a otro semental que supiera dar la talla mejor que yo. En el fondo sabía que era yo el que dependía completamente de ella. Nuestros caminos se habían unido por un motivo y no podía dejarla escapar.

Durante todo el camino tiré de la correa cada vez que Joan quería desviarse hasta que tuvo que elegir entre asfixiarme o dejarme elegir por primera vez en mi vida. Lo cierto es que pisar aquella hierba y mirar los árboles de siempre, meciéndose al fondo, me hizo más feliz de lo que pensaba.

Mimi corría por la hierba jugando con un palo que su dueña le lanzaba una y otra vez. Un juego de agilidad, velocidad y destreza, que hacía que se moviera como una pantera. La miré absorto, cautivado por la belleza de su pelaje y sus ojos brillantes.

Me acerqué llevado por la alegría y me lancé contra ella. Esperaba un mordisco de regalo, algo como castigo por lo gilipollas que había sido, pero ella no era así. Ella podía leerme mejor que nadie y tampoco era rencorosa, para nosotros el tiempo era muy diferente y no tendíamos a perderlo en tonterías. Lo importante era que nos queríamos y nos necesitábamos, nos habíamos extrañado y lo demostramos rodando por la hierba.

—Hace mucho que no te veo. —Me ladró animada. Me gustaba verla feliz, correr y liberarse de las ataduras. Dejar que los pulmones ardan en cada zancada, por lo menos a mí, me ayuda a dejarlo todo atrás. Ella siempre ha sido mucho mejor que yo, siempre ha sabido qué decir o cómo consolarme. Ella me conoció cuando no era más que un cachorro abandonado, cuando no era más que pelo y huesos. Joan me ayudó a volver a creer en la vida, a

preguntarme qué pasaría al día siguiente, a vivir con emoción. Llegué a él como un cachorro, es más, él mismo me eligió en la perrera. Podría haber elegido a cualquiera y, sin embargo, quiso al único que no tenía ni fuerza para mirarlo a los ojos, al único que no movió el rabo cansado de vivir, al único que había perdido las ganas de comer. Me eligió a mí. En el fondo entre ambos me salvaron de la oscuridad.

—Demasiado. Joan está muy tonto últimamente.

—Qué raro que no digas como siempre. —Añadió Mimi mirando en su dirección. Ella me conocía mejor que nadie, sabía ver que había algo más, pero jamás preguntaría. Recordé con tristeza la muerte de Sansón y me pregunté qué haría si a la que perdiera fuera a ella. La lamí en la cara ante la necesidad de demostrarle mi cariño, mi amor más absoluto. Ella me miró unos segundos antes de volver a actuar como si no hubiera pasado nada.

—Supongo que yo también estoy madurando.

—¿Y cómo es eso? ¿Tú madurar? Eres el perro más tonto que he conocido nunca. —Ladró feliz mientras me retaba a una peleíta rápida. Sabía que la dejaría ganar, que me encantaba tenerla encima, pero la única vez que lo insinué me dejó un buen mordisco. Si en algo estaba seguro era de que no le gustaba que la viera como alguien débil, ella quería demostrar que estaba a mi altura, nunca le pregunté por qué, cuál era su historia, aunque dada su reticencia a hablar del pasado supongo que no será agradable. Ella sabía mejor que nadie lo que era estar en una perrera, lo que era ser abandonada.

—Y tampoco quiero perder mi aire de malote. Es un imán para las perritas. ¿No serás de las que quiere fidelidad? La hembra de Joan le da mucha importancia.

—¿De verdad te has planteado alguna vez irte con otra perrita? —Me preguntó con un ligero gruñido. No supe que decirle, poco tiempo había en mi vida para nadie que no fuera ella. —Además, pocas perritas tienen la paciencia suficiente de aguantar tus tonterías. Muchas te habrían dejado un buen mordisco por mucho menos de lo que tiendes a hacer.

—Cierto. Por eso me tienes tan loco. —Empecé a dar vueltas sobre mí mismo con alegría. Eso siempre la divertía y ella misma me imitó. Supongo que si alguien nos miraba pensaría que me había vuelto tonto, pero merecía la pena por verla feliz. —¿Puedo preguntarte algo? —Le dije. Ella se quedó quieta, alerta. —¿Sabes algo de Liane? Sansón me pidió que cuidase de ella.

—La he visto venir todas las tardes a última hora, cuando empieza a oscurecer. Creo que lo lleva mejor. —Ninguno de los dos creíamos realmente

eso. Aquella chica era tierna, dulce, y estaba demasiado dañada. Solo Sansón podía acercarse lo suficiente a ella, Liane solo confiaba en su rotwailer y a su lado se sentía protegida como hacía mucho tiempo que no sentía, en el fondo pensaba que necesitaba reemplazarlo, pero cuando el amor que une a dos seres es tan profundo, nacido de la necesidad y se convierte en uno de los pilares fundamentales para seguir respirando, la sola idea de poner a otro en su lugar es impensable.

—No puede seguir sola.

—Tampoco aceptará que nadie ocupe su lugar.

—Sabes que si él descubre donde está y no tiene a un compañero perruno estará jodida. Necesita protección. —Expresé los miedos de ambos en alto, ella también asintió.

—Por eso me acerco a ella cada vez que la veo. Solo necesita tiempo. —Y es que dicen por ahí que el tiempo cura todas las heridas, pero el que lo dijo no ha sufrido de verdad. Incluso ahora, cuando ya camino sin problema y no se me estrujan los intestinos del hambre, puedo recordar con nitidez lo que sentí en el pasado. Incluso ahora, sin proponérmelo, sigo guardando pequeñas desparas “por si acaso” y mirando con recelo a Joan, que jamás ha hecho nada para merecérselo, cada vez que se enfada o levanta la voz. Porque lo cierto es que el pasado nos marca, humanos o animales sentimos dolor y tenemos recuerdos. Podemos tratar de alejar una y otra vez lo que nos hace daño, elegir olvidar, pero eso no lo hace más fácil.

—Quiero que la tengamos vigilada. —Ladré al aire, más bien lo grité. Reuniría a todos aquellos que conocía, a aquellos que me debían algo y la protegeríamos.

—Lo haremos. No tienes que preocuparte ni sentirte culpable.

—¿Culpable yo? ¿Por qué habría de hacer tal cosa? —Pregunté molesto.

—Porque lo veo, te conozco. —Ladró ella. Continuó mucho más bajo, como si temiera que me lo fuera a tomar mal. —Él murió y tú no podías hacer nada para evitarlo.

—Deja de preocuparte. Soy feliz y no pienso amargarme. Soy feliz porque tú estás aquí y siempre podremos contar el uno con el otro. Tuvimos mucha suerte.

—Tienes razón. —Ladró Mimi mientras miraba a su espalda y se fijaba en su dueño. En realidad, eran dos, una pareja ya bastante mayor. —Tuvimos mucha suerte.

Ahí dejamos de pensar y corrimos juntos. Ladramos con fuerza y jugamos a

la pelota con los niños de la zona que se acercaban para acariciarnos y darnos mimos. El ser humano es mucho más bueno, tierno y cariñoso cuando es un cachorro, con el tiempo se olvidan de que una caricia y una palabra cariñosa puede ser mejor medicina que todo lo que se pueda comprar.

Joan miraba su teléfono cuando Steisy llegó por detrás y lo sorprendió en un abrazo. Él se removió inquieto hasta que se dio cuenta de que era ella y después la besó. Supongo que Steisy todavía no ha aprendido a leer en sus gestos.

Ella se veía radiante, trataba de olvidar con todas sus fuerzas, y sin embargo, cada vez que una mujer hermosa pasaba cerca no podía evitar mirarla de reojo y después mirar a Joan.

Capítulo 22

¿Recordáis la película de la dama y el vagabundo? Esa con el espagueti, todo muy romántico... Pues yo la he visto en la vida real, versión Burguer.

Todo comenzó con un par de hamburguesas, esa comida basura de la que todos se quejan, pero que sabe genial. ¡Joan hasta pidió una para mí! Sin embargo, con las patatitas... las dichasas patatitas...

Empezaron yo te doy una, tú me das otra. Después Joan manchó con ketchup a Steisy y ella le devolvió “el favor”. Lo cierto es que no tengo muy claro como sucedió todo, lo que siempre ocurre es que yo estoy en el medio y siempre acabo jodido.

Los proyectiles volaban. Ellos se reían y yo, como es lógico con lo buenas que están, trataba de cazarlas para comérmelas.

En esas andaba cuando una me dio en la cabeza pringándome de rojo. Supongo que el cabrón de Joan pensó que fue divertido, al verme saltar para quitármela del pelo y bueno... después tampoco le hice ascos. Estoy seguro de que la segunda fue a propósito. No me dio en el ojo por poco y bueno...yo también “sonreí”.

Acostumbraba a jugar con Joan a las peleas. Dábamos vueltas sobre la alfombra mientras él se reía a carcajadas. Aunque no lo creáis me costó mucho llegar hasta ese grado de confianza, al principio no terminaba de crearme sus caricias, incluso a pesar de ser un cachorro necesité muy poco tiempo en la tierra para saber que el ser humano también puede tener una cara muy oscura.

Aquella patata fue como la señal, lo vi en sus ojos. Me lancé contra él gruñendo bajito y él me atrapó. Rodamos por la alfombra, él me abrazaba para no hacerme daño y yo hacía que le mordía tirándole de la ropa.

Dimos varias vueltas, yo siempre he sido más ágil y me deshice de él para volver a saltar sobre su espalda. Steisy nos miraba divertida al principio, pero al final se unió y todo se convirtió en un lío de brazos, piernas y patas.

—Si no paráis es posible que tenga que obligaros. No quiero tener que enseñaros el poder de... ¡Puag! —Dijo Steisy. Por casualidad su cabeza estaba cerquita de mi culo. Yo había comido mucha comida basura en los últimos días y andaba revuelto. Aquel pedo iba cargadito de los peores olores.

—¡¡Manchas!! —Joan se rio con fuerza. —¿Ahora le ríes las gracias?

—Tu cara ha sido la leche... no puedes culparme.

—En realidad. —Contestó ella señalándolo y tirándose sobre él para hacerle cosquillas. Poco a poco me fui quedando fuera de su juego. Se tocaban, se tentaban y se hacían cosquillas. Aproveché la ocasión para terminar por ellos sus comidas mientras los observaba de reojo.

Los días habían pasado con tranquilidad hasta entonces, evitando ciertos temas y aprendiendo a conocerse. Steisy resultó ser mucho más competitiva que Joan en ciertas cosas, pero también sabía detenerse y observar.

Me acerqué despacio a ellos, que ya estaban cansados por pelear. Estaban sudorosos y sonrientes, agotados y felices. Cuando me vieron ella abrió los brazos y él me acarició. Me encontré entre ambos y ellos me aceptaron como uno más. Podía sentir el calor, la ternura de sus caricias y el hogar. Poco a poco ella se estaba haciendo un hueco, cada vez más profundo, en nuestra vida.

—Quien diría que este perro tan cabroncete iba a ser uno de mis aliados. —Dijo Steisy. Miré a Joan y después a ella. Yo no era el aliado de nadie, yo iba a donde más me convenía.

—No te lo crees ni tú. Él siempre será mi aliado. ¿Verdad Manchas? Steisy jamás podrá separarnos.

—Eso te crees tú. Dame un par de semanas, con mis masajes y mi comida, será mi fiel compañero. —Los miré sin creerme que estaban peleando por quién me quería más. Lo cierto es que seguía disfrutando de mis pequeñas trastadas, pero cada día se las tomaban mejor o creían que lo hacía sin querer. Pequeños detalles sin apenas importancia como tirar el tubo de papel al retrete. Al final Steisy tuvo que sacarlo para que no se taponara. Su cara era de asco... como si no lo limpiara nunca. Bueno, es posible que Joan nunca lo hiciera, no puedo estar seguro. En cierta manera pocas veces lo había visto limpiar realmente, recogía lo justo y necesario para que no caminásemos entre envases de comida precocinada. Ahora la casa estaba mucho mejor, Steisy era perfecta. ¿He pensado yo eso? Es culpa de Mimi que no deja de insistir en que debo darle una oportunidad, como si ella fuera la gran respuesta a todas mis dudas.

En lo que tardaron en ponerse en pie yo aproveché para mordisquear un poco la chaqueta de Steisy. Después me incorporé y los acompañé a dar nuestro paseo, ese que tan bien nos sentaba a todos y que ellos aprovechaban para magrearse en la hierba. ¿Es que nadie piensa en los niños? Eso lo había

oído yo una de las veces que monté a Mimi, prácticamente me la habían quitado de las patas a la fuerza y ahora ellos... ¡Qué hipócritas!

Capítulo 23

Di dos vueltas al parque antes de pararme realmente a mirar. Vi los árboles de siempre, los bancos de madera gastada y pintarrajeados, las mismas plantas trepadoras en la pared del fondo.

Me encantaba aquel lugar porque allí todo parecía ir mucho más despacio. Cuando Joan me dejaba en aquel lugar no había prisas, podía tomarme mi tiempo y dejar de pensar.

El aire caliente no es lo más agradable, en seguida te cansas cuando tratas de mantenerte en forma, pero era lo que tocaba. El verano había llegado con más fuerza que otros años y mantenerse al sol era un peligro. Yo agradezco cada gota de agua y me revuelco por la hierba húmeda por los aspersores cada vez que puedo, en eso estaba cuando la vi.

Leila venía cabizbaja, con un libro en la mano derecha y los cascos puestos. Su pelo, mucho más corto, se mecía con suavidad al viento y mostraba la cicatriz de su cuello. Una cicatriz grande y profunda que pocas veces dejaba al descubierto.

Me acerqué porque así lo había prometido y porque yo mismo lo necesitaba. Por muy estúpido que parezca, ahora era mía la responsabilidad de velar por ella, aunque fuera desde las sombras. Ladré dos veces para que no se asustara, siempre reaccionaba mal cuando alguien aparecía demasiado cerca sin que se diera cuenta.

Ella se había sentado y fingía leer, aunque no pasaba las páginas. Sus ojos se levantaban con frecuencia para observar a su alrededor, supongo que el miedo había vuelto. Sansón me contó en una ocasión las pesadillas que por la noche la hacían llorar de puro terror. También me dijo que había optado por dormir con ella, por poder estar a su lado a cada segundo para que no se sintiera sola, pero ahora volvía a estarlo.

Ella me observó en silencio, me miró a los ojos con fijeza, yo no podía respirar. Sentí algo fuerte que tiraba de mí hacia ella, una conexión que pocas veces se puede explicar, y me acerqué.

Su mano se levantó y se posó sobre mi hombro, yo lloré con suavidad. Esa era mi forma de decirle que sentía mucho su pérdida, que Sansón importaba y que todos sufríamos con ella.

Su sonrisa estaba vacía, podía notar como a pesar del movimiento de su boca sus ojos habían perdido el brillo. Seguía encerrada en algún punto de su mente que se negaba a reconocer lo evidente, no quería avanzar.

—Erais amigos. Os encantaba jugar juntos, ¿tú también lo echas de menos. — Ante sus palabras volví a llorar. Ella asintió como si no necesitase que dijera nada más, con aquello era suficiente. —Ahora ya no sufre. —Se le cortó la voz. Quise tocarla, decirle que todo pasaría, pero solo pude apoyar mi mejilla en sus piernas y ladrar lo más alto que sabía. Ella asintió con dos lágrimas deslizándose por su rostro.

Era tan bonita y tan delicada. Ella sabía lo que era el dolor, ella había aprendido a crearse una coraza y yo mejor que nadie sabía lo triste que era esa soledad. Quería ayudarla, pero no sabía cómo.

Hace dos años humanos conocí a Sansón. Su dueña se había mudado huyendo, recorrió muchas ciudades antes de detenerse finalmente, y aun así ella seguía mirando siempre a su espalda esperando que su monstruo personal volviera a aparecer. Nunca lo hizo, al menos no que yo sepa, pero en una ocasión Sansón se sinceró conmigo. Aquel día me sentí mal, realmente mal y triste. Aquel día me metí en cama con Joan y lloré toda la noche, hasta el punto que al día siguiente Joan me llevó al veterinario preocupado.

¿Qué podía decir un perro tan grave? ¿Qué podía saber Sansón? Sansón lo vio todo en primera fila, él había sido el perro de ambos, un perro que el monstruo personal de Leila le había regalado a ella en una de las tantas ocasiones que le pidió perdón.

Sansón me contó de la valentía de aquella diminuta mujer. De la última paliza, esa que la dejó con la garganta abierta y la vida pendiente de un hilo. Sansón siempre le estaría agradecida pues, aunque ella creía que aquellas heridas eran mortales de necesidad, no lo dejó solo con aquel monstruo, se lo llevó con ella.

Sansón recordaba aquella noche, en realidad me contó que nunca logró olvidarla del todo. El coche lleno de sangre, Leila perdiendo el conocimiento y conduciendo a ratos, y la impotencia de no poder ayudarla.

Al final encontraron un hospital, donde la curaron y asesoraron, pero Leila no creía en las autoridades, su monstruo era un gran actor, de esos que nunca pueden creerse que haya hecho algo malo y ella no podía vivir con el miedo, aunque al final siempre la acompañó.

Leila huyó con Sansón, Mimi estaba convencida de que Sansón apareció después en la vida de la joven, pero él había sido testigo de todo.

—Lo quería mucho más que a cualquier persona que haya conocido. Él me miraba como si yo fuera única y siempre se alegraba de verme. —Dijo Leila con la mano derecha en el pecho como si alguien se lo estuviera estrujando con demasiada fuerza. Apenas lograba respirar y temí que se fuera a morir allí. ¿Se podía morir de pena? Ella había luchado demasiado y se merecía mucho más que aquello.

Supongo que pasó más tiempo del que parecía, pues cuando vi a Joan acercarse a nosotros temí que Leila se escapase. Ella tembló imperceptiblemente y sentí que perdía el poco calor que le quedaba a su cuerpo. Quise apoyarla y me coloqué frente a ella, algo que sorprendió a mi humano y se detuvo.

Steisy, con su gran sonrisa, no entendió mi gesto y se acercó a la muchacha que arrugaba el libro con fuerza.

—Buenas tardes, ¿estás bien? —Preguntó Steisy. Me di cuenta en aquel momento, que Leila todavía tenía lágrimas en los ojos y el rostro rojo de llorar. Ella se encogió de hombros, pero visto el silencio que había habló casi sin fuerza.

—Sí.

—¿Seguro? —Steisy no quería forzarla a hablar, pero supongo que Leila no estaba acostumbrada a tratar con nadie. Miró a Steisy y lo dijo sin más.

—He perdido a mi perro hace poco.

—¡Es cierto! Siempre venías con un rotwailer. —Exclamó Joan. El pobre no era más bruto porque no entrenaba. —Yo... lo siento. Lo dije sin pensar.

—No pasa nada. Sansón era un rotwailer precioso, el mejor. —Dijo Leila orgullosa. —Pero era viejo y fue lo mejor.

—Pero es no lo hace más sencillo, ¿verdad? —Susurró Steisy sentándose a su lado. Yo mismo me aparté para dejarle sitio sintiéndome orgulloso de sus palabras, de estar a su lado y de el gran corazón que estaba demostrando.

—No lo es. Lo extraño demasiado. —Steisy tocó la mano de Leila tratando de reconfortarla y ella pegó un salto. La habría avisado de haber podido. Leila se tocó el cuello inconscientemente.

—Lo siento. —Se disculpó Steisy confusa.

—No pasa nada, tengo que irme. —Y sin más se giró. Supongo que no echó a correr por pura vergüenza sino lo habría hecho.

Capítulo 24

Tres semanas, tres semanas llenas de promesas y actividades. Ocupaban cada segundo del día como si temieran hablar de lo que había pasado. Eran felices sin embargo habían pospuesto la gran conversación. ¿Hacia dónde iba todo aquello?

El curso se terminó. Llegaban las vacaciones y el momento en el que el camino de ambos se separaba. Podrían fingir unas cuantas semanas más, pero eso era todo. Los miedos y las inseguridades de ambos se podían palpar en el ambiente y como siempre yo era el testigo mudo, ese al que acudían ambos para desahogarse, conscientes de que jamás me chivaría.

Fue por casualidad. El calor se había vuelto insoportable y ambos coincidieron en el balconcito. Ella tomaba aun refresco y él se fue con una cerveza. Los besos que siempre ocupaban sus silencios no fueron suficientes, tal vez porque en dos días ella tendría que irse de su piso y se alejaría.

—Es complicado. —Dijo Steisy observando cómo la gente discurría dos pisos bajo sus pies, ajenos a lo que ocurría sobre sus cabezas y con sus propias preocupaciones.

—No debería serlo. Solo tienes que apostar todo. Necesito que te quedes. —Dijo Joan dispuesto a compartir su vida con ella. Ya se lo había propuesto, pero para ella vivir con él era perder su independencia o algo parecido. Joan, por el contrario, no dejaba de insistir en el tema hasta que la conversación se volvió incómoda. —¿No eres feliz?

—No he dicho eso.

—Sí lo has dicho, sino te quedarías. —Exclamó él dando un gran trago en la botellita.

—No puedo arriesgarme. No tiene por qué terminar aquí. —Susurró ella mirando cualquier sitio menos a él. —Ha estado bien y no quiero que acabe.

—Pero te vas a ir.

—¿Por qué tienes que hacer un drama de todo esto? Solo serán unos meses. —Dijo ella frustrada.

—¿De verdad no lo entiendes? Hemos estado juntos cada segundo de las últimas semanas. Ahora no puedo acostumbrarme a despertar y no tenerte a mi lado, me gusta saber que estarás en casa cuando llegue y serás la última

persona que vea antes de dormir. —Dijo Joan.

—Eres muy bueno con las palabras. —Exclamó Steisy tratando de escurrir el bulto.

—¿Lo soy? Porque no hay manera de convencerte. ¿Qué tengo que decir para que te quedes conmigo?

—¿Por qué es tan importante? —Preguntó ella.

—¿De verdad no lo entiendes? —Joan cogió la cara de ella y le mordió la boca, despacio, con ternura, poniendo todas sus emociones en aquel contacto. Pude ver que en aquel beso dejaba parte de lo que era y de sus ilusiones. Me habría gustado poder hacer algo por él. —Necesito que te quedes porque ya no sabría vivir sin ti.

—Solo han sido...

—¿Acaso tú no sientes lo mismo? ¿Soy el único al que la idea de separarnos lo está volviendo loco? —Steisy apoyó su frente en la de él y cerró los ojos con fuerza. Yo los miré deseando con todas mis fuerzas que eligieran sabiamente, que supieran leer en sus corazones y fueran felices ambos. No quería que ninguno de los dos se despertase un día arrepintiéndose de las decisiones tomadas y viéndose atados a un destino que no querían.

—Yo te amo. —Dijo Steisy sin aliento. —Y no puedo seguir jugando a las casitas sin saber si... sin...

—Yo también te amo con todo mi corazón preciosa. —Joan volvió a besarla. Ella sonrió sobre su boca con lágrimas en los ojos. —Lo que más lamento es haberte hecho daño y que tengas tantas dudas sobre nosotros, pero espero lograr borrarlas todas y hacer que seas feliz.

—Ya lo haces. —Contestó ella presa de una emoción intensa.

—¿Entonces eso es un sí?

—¿No te callarás hasta que tengas lo que quieres?

—Si lo que quiero eres tú por supuesto que no. Si quieres a la noche podrás castigarme... Tengo un par de juguetitos envueltos. Se suponía que sería nuestro regalo para celebrarlo y están en el último cajón de la mesilla.

—Eres un perverso.

—Cierto, pero un perverso inmensamente feliz por saber que te quedarás a mi lado para siempre.

—¿Para siempre? Aun no te ha dicho que sí. —Dijo Steisy, pero lo cierto es que tampoco se había negado. —¿Seguro que un tal vez no es suficiente?

—No hagas que tenga que torturarte.

—¿Me torturarías? ¿Cómo sería? —Le preguntó ella mientras comenzaba a

desabrocharse los botones de la blusa. De verdad... daba igual la gravedad de la conversación, estos dos siempre terminaban sin ropa. Que Dios me diera paciencia porque iba a tener que soportar cada escenita...

—Eres muy mala...

—Es culpa tuya, me has pervertido, pero si tanto deseas un sí tendrás que ganártelo.

—Siempre me han gustado los retos preciosa.

Capítulo 25

¿Volvemos a las reglas? ¿Creíais que me había olvidado de ellas? Esas reglas me han mantenido cuerdo en las múltiples conquistas de mi humano. Él las traía y yo me deshacía de ellas. Un juego que llegó a tener sus retos y en el que, por el momento, he perdido estrepitosamente.

Regla número nueve. Que conste que esta regla me la enseñó Joan y es simple, si dejas tus juguetes por ahí tirados estos pueden aparecer rotos. No quiero ni pensar en mi osito negro descabezado. Eso fue macabro y estuve dos días sin mirarlo, a Joan me refiero, al osito lo escondí bajo su cama para que le diera pesadillas por las noches.

Era noche cerrada, me gustaría decir que se veían las estrellas y todas esas cosas, pero lo cierto es que si te asomabas por la ventana solo verías coches y farolas encendidas. Afuera, un miércoles por la noche no había mucha actividad, en mi piso orgías (de dos).

Resulta que cuando se producen las reconciliaciones el sexo se duplica. Toda habitación, suelo o pared, debe y será, mancillada.

Creo que Joan está feliz y por los gritos de ella no sabría decíroslo, pero estoy muy cansado de ver esos paquetitos por el suelo y eso me hizo pensar.

Puede, solo puede, tal vez, que haya decidido no largarla por ahora. Puede que no tenga pensado joderle nada que aprecie mucho, como su teléfono, pero esos dichosos paquetitos...

Me acerqué a uno y lo olisqueé. Cuando aún no los han abierto no huelen tan mal, y por eso lo probé, aquel sabor era incluso agradable. Fue por eso por lo que le di un par de mordisquitos, me habría tomado mi tiempo, pero en ese momento Joan salió corriendo, en pelotas como siempre, en busca de ese paquetito precisamente y por eso me alejé como si nada hubiera pasado. Supongo que en el clamor de la batalla no se dio ni cuenta de las babas que había dejado en aquel paquetito y yo pasé a la siguiente cosa.

Vale, yo tenía pensado destrozar su juguete para que aprendiera la lección, pero mis planes no siempre salen bien. No contaba con que Joan apareciera botando en busca de aquel paquetito tan pronto, generalmente tengo más tiempo... Bueno... tranquilos, tendré más intentos. Últimamente hay docenas de esas cosas por casa. ¡Qué alguien me ayude!

Capítulo 26

Volver a tener a Steisy en mi territorio, en mi hogar, convertida en la novia de Joan y por lo tanto en otra de los mandamás de aquel piso, me hizo pensar en mi décimo punto. ¿Quería hacerlo realmente?

Steisy era buena, me trataba bien, y siempre tenía alguna caricia en la punta de los dedos para dedicarme. Ella abría los brazos y yo había aprendido a correr hacia ellos sabiendo que me esperaba cariño y ternura, pero ¿realmente la quería allí? ¿Mi vida mejoraba por ella? ¿Cuáles eran los motivos en los que podía basar mi decisión?

En esas reflexiones andaba cuando la vi llegar con una sonrisa en la cara. Joan estaba en el sofá viendo la tele y se levantó al verla aparecer. Ambos se miraron, se buscaron con los ojos y sus rostros se iluminaron. Ese fue mi momento, cuando la bombillita de mi cerebro se iluminó y estuve seguro de que hacía lo correcto.

Quizás nunca pueda llevar a cabo el décimo punto, pero ¡qué coño! Joan está feliz, yo tengo a Mimi, y Steisy es todo lo perfecta que puede ser una mujer. ¿Todo lo perfecta que puede ser? Os lo explicaré. He hecho una pequeña lista, bueno... quizás no tan pequeña que explica el porqué.

Número uno, desde la llegada a tiempo completo de Steisy, cada pocos días, casi cada día, había compresas por todos lados, cuando no las encontrabas pegadas al suelo del baño, y el olor de la sangre impregnaba las paredes. No se trata de una poquita, ella misma apestaba a eso y todo lo que tocaba. Un olor metálico que me confunde y me molesta. Bueno al menos hasta hace poco...

Número dos, ha colocado un montón de muebles nuevos y sin sentido en mis lugares favoritos. Ahora resulta que esa gran pelota rosa, sobre la que le gusta hacer extrañas posturas, es necesaria para hacer deporte. No, ella no corre por el parque, o sale a pasear. Ella se sienta sobre esa pelota y se pone a ver la tele y hacer tonterías. Vale, puede que en alguna ocasión se haya caído de la manera más graciosa que podáis imaginar, en una ocasión estuvo dos minutos sin decidirse a darse la leche, al final lo hizo, pero... el caso es que puede ser divertida, pero ha traído demasiadas cosas inútiles...

Número tres, su forma de hablar. En ocasiones, cuando más contenta o

emocionada está, pone un extraño tono, un tono muy agudo. Si a eso le añades las palabras con diminutivos, en serio, en esos momentos creo que creo que me he vuelto tonto. La miro, le chuperreteo un par de veces la cara, y salgo corriendo para evitar el, más que seguro, dolor de cabeza.

Número cuatro, si ya era duro ver a Joan caminar desnudo por casa, con sus pelotillas y el culo blanco sin una gota de pelo ¡ahora son dos! Creo que ambos son fans del nudismo, o eso o quieren traumatizarme. No son exactamente iguales, tienen ligeras diferencias entre ambos, aunque para mí... bueno esos días prefiero cerrar los ojos.

Número cinco, bueno esta es puntual, espero que se resuelva en los próximos dos meses. ¿Por qué? A ver, Steisy ha tenido la delicadeza de vomitarme sobre la cabeza gracias a nuestro nuevo miembro. Resulta que su camada se compondrá por una niña, que por cierto aún no tiene nombre escogido. Ahora Steisy vomita por todos lados, de verdad, es asqueroso. Evito por todos los medios no acercarme mucho. Si al menos hubiera un sonidito que me diera cierto tiempo de margen, pero así sin más, puede estar echando las tripas por la boca y a presión.

En estos días en los que la casa se llena de gente desconocida y regalos, me doy cuenta de que es posible que dentro de poco me convierta en un peso muerto, aunque por el momento he ganado a una nueva masajista. Steisy, ¿qué tendrá esa mujer con esos preciosos ojos azules y esa sonrisa perenne? Me gusta, vale, lo reconozco, es posible que sea la mujer que más me ha aguantado y aquí sigue. La pobre no ha sabido elegir, se quedó con dos machos que no hay por dónde cogerlos.

¡¡Es cierto!! Tendréis curiosidad por saber cuál es el dichoso décimo punto. ¿Qué es eso que creo que siempre hace que una mujer salga por patas? Algo tan ruin, rastrero e insultante para que no dude en recoger su ropa y largarse. En cierta manera es algo universal, algo que el noventa por ciento de las veces pasa por casualidad.

Es muy sencillo... Tendréis que guardar como tesoros, a buen resguardo y limpitita, alguna de esas prendas interiores de “las visitantes” y cuando queráis echar a alguna ¡nunca! ¡nunca! le deis la suya. Podéis dejar caer la que os dé la gana, porque por mucho que Joan, bueno cualquiera, jure y perjure que no ha hecho nada no lo creerán.

Ahora comprenderéis por qué no podría hacérselo a ella, mucho les ha costado recuperar la confianza y mirarse mutuamente como al principio. Ella es feliz, él es feliz ¿y yo? Yo estoy esperando a esa niña que dicen que querrá

jugar conmigo a todas horas. Espero que sea verdad, porque sino no tardaré ni dos minutos en hacer un nuevo plan de acción, aunque... he visto lo que ellos llaman ecografía y creo que tiene mi nariz... pobrecilla.

Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A_R_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Os espero...